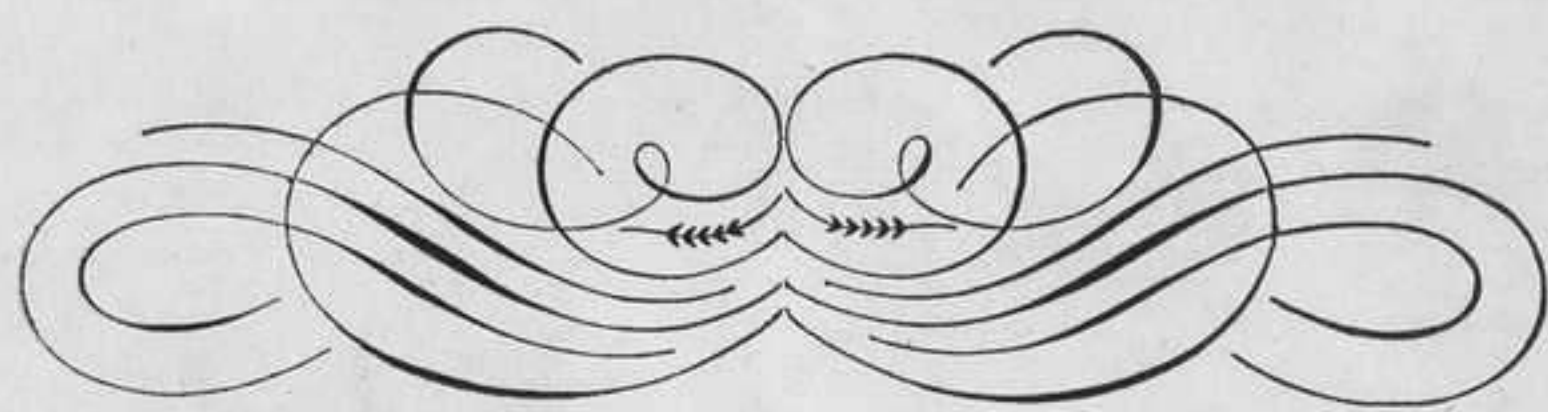


EL

CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

TOMO PRIMERO.



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

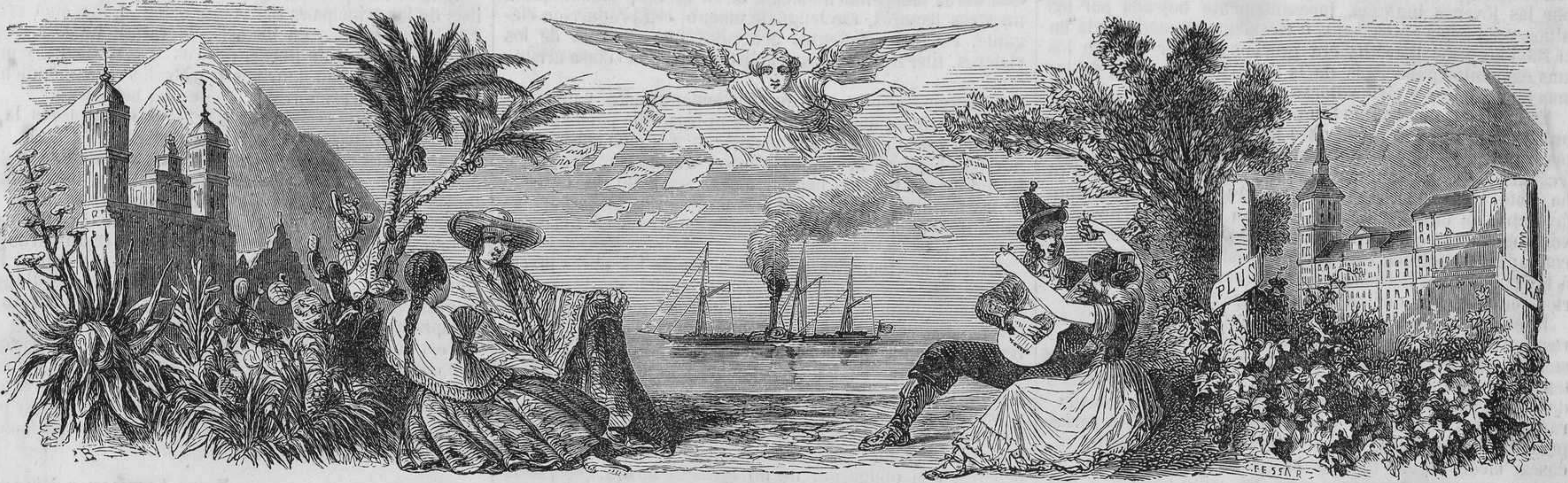
X. DE LASSALLE Y MELAN, EDITORES PROPIETARIOS

CALLE DEL FAUBOURG MONTMARTRE

—
1853

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA É ILUSTRADA REUNIDAS.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE y MÉLAN.

Año 12.—N. 1.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n. 10, en Paris.

SUMARIO.

Prospecto. — Querellas amorosas. — Fragmentos de la historia de la fotografia : la plancha : el papel : el cristal. — Proclamacion del Imperio : grabados. — Boletin científico. — Historia de la semana. — Le'rilla — Una aventura en las montañas Rocheuses. — El duque de Bailen y lord Wellington : grabados. — Luis de Glenvez : novela. — Recepcion de la mision de los Padres capuchinospor el cabildo de Toton : grabado.

A nuestros lectores.

Al establecer las bases generales de la publicacion que anunciamos, empezaremos por declarar que no pretendemos atribuirnos la idea fundamental de esta nueva y brillante forma de la prensa periódica, idea perteneciente à la Inglaterra y que sucesivamente con extraordinaria aceptacion han imitado cuasi todas las naciones continen-



tales de Europa. Con este tino exquisito y sensatez proverbial que le caracteriza, comprendió el pueblo inglés la importancia de semejante empresa; así obtuvo el mas prodigioso resultado; numerosas pruebas de simpatía y reiteradas ofertas pecuniarias fueron prodigadas á sus Directores, y pocos meses despues de su aparicion, la *Ilustracion Inglesa*, tirada á mas de cien mil ejemplares, leida en alta voz en las reuniones de familia, saboreada aun mas que el té humeante por las jóvenes inglesas, incesantemente hojeada por los niños y personas entusiastas, ó ricamente encuadrada en la Biblioteca del literato, era proclamada por uno de los mas eminentes publicistas de la Gran-Bretaña, una de las mas filantrópicas y civilizadoras del siglo.

Estimulados por triunfo tan portentoso, ya hace años que hubiéramos dado á luz la obra que anunciamos, sin ciertas condiciones que nos imponian nuestro anhelo de perfeccion y deseo de sobrepasar á todo cuanto bajo este punto ha visto la Europa. Actualmente, gracias á un conjunto favorable de circunstancias, se hallan cumplidos nuestros votos mas de lo que hubiéramos osado esperar, y llenos de confianza, dedicamos esta obra á nuestros compatriotas, y á las poblaciones hermanas del continente Americano, mas ricas en porvenir, que en recuerdos las Europeas.

El celo con que cada uno de nosotros desempeñará su respectiva tarea, las diversas mejoras y ventajas que presentará nuestra publicación, comparada á las demás existentes en diversos puntos de Europa, la belleza tipográfica del texto, los numerosos y variados grabados que esmaltarán nuestras páginas, las reiteradas instancias de varias personas beneméritas, nuestra firme resolucion de no escasear medio alguno que pueda redundar en beneficio de nuestra empresa, y mas que todo, el culto público á que nos dirigimos, no nos permiten duda alguna acerca del resultado de la presente trasformacion.

Resúmen sinóptico de la agitacion de cada semana, compendio pintoresco del movimiento Europeo bajo sus diferentes aspectos, cada uno de los cuales, como cada faceta del diamante abrillantado, emite una luz de color diverso, nuestra publicación abraza todo cuanto pueda excitar el interés ó la curiosidad, todo lo que habla á la razon ó á la imaginación humana; escucha todas las palpitations del cuerpo social; sorprende los primeros vajidos de la vida intelectual de los pueblos salvajes; resume la palabra esparcida en las hojas de la prensa; fija los acontecimientos, órgano visible de la idea, y conserva bajo una forma pintoresca, esos millares de cuadros fugitivos que desdienta mirar la musa severa de la historia.

Para tan vasta empresa, insuficiente es la palabra, y pálido el texto mas animado: así los grabados formarán la parte principal de nuestra obra, y la imaginación del artista, inspirándose del pensamiento del escritor, trazará en brillantes imágenes lo que imperfectamente pueda dar á conocer el lenguaje humano.

¿Porqué leemos con escaso interés esas incursiones contadas con tanto método y elegancia, mientras que escuchamos con palpitante placer el lenguaje desaliñado de un viajero que, curtido por el sol, nos cuenta las maravillas de la naturaleza tropical, las costumbres peregrinas de las tribus, ó los ritos supersticiosos de ciertos pueblos? Porque hay en él lo que no pueden dar los mejores libros: la animación, la vehemencia, la corrientemagnética de la mirada, el poder contagioso de la palabra articulada, el influjo del narrador en los oyentes y la acción recíproca de estos entre sí, que multiplica la agitacion individual. ¿Porqué es tan insulsa la lectura de un drama y tan interesante su representación? Porque la lectura no puede conservar la vibración patética de la viva voz, ni los ojos anegados en lágrimas, ni la expresión movidiza de la fisonomía, ni el acompañamiento armónico de la pantomima, ni los trajes opulentos, ni las vistosas decoraciones, ni la belleza de los grupos, ni la animación de las escenas.

Ahora bien, nuestra publicación tiene por objeto conservar, por una feliz alianza del grabado y lenguaje, todos esos elementos de vida, todas esas condiciones de agitacion. A este fin nuestras páginas serán mas vivas y descriptivas que metódicas y didácticas, y servirán de texto á las numerosas imágenes, paisajes, monumentos, mapas geográficos, retratos de personajes célebres, escenas políticas ó de otro género, trajes vistosos y demás reproducciones, que ejecutarán los mas hábiles artistas de París, Madrid y Londres.

Redactado en París, en este centro de elaboración ideal y foco de luz para todas las naciones, nuestro periódico no dejará escapar circunstancia alguna memorable, acontecimiento notable ó pintura fugaz, desde lo mas noble y grave hasta lo mas frívolo y ligero, no ignorando que nos dirigimos á ambos sexos, á las diferentes edades, á todas las clases de la sociedad. Así tendrá cabida en nuestra publicación la representación á lo vivo de las escenas políticas de la semana, la reproducción de los principales cuadros, estatuas y demás obras artísticas; las principales situaciones de una pieza teatral, contenidas en el análisis de esta misma pieza; el retrato de las mayores celebridades contemporáneas, especialmente de las que pasen por esta capital; los principales descubrimientos de industria, con su leyenda explicativa; los aparatos científicos recientes con su descripción minuciosa; mapas exactos de comarcas recientemente descubiertas, poco conocidas, ó teatro de guerra; escenas amenas y risueñas, como bailes campesinos y fiestas idílicas; cuadros terribles, como incendios de ciudades y crisis políticas de guerra extranjera ó civil, si nos deparase el cielo en su ira azotes tan tremendos; animales raros, procedimientos agrícolas, figurines de modas, trabajos de corchete, bordado y demás análogos; fragmentos inéditos de la mejor música española, italiana, alemana y francesa, y sobre todo monumentos españoles y americanos. Como la placa bruñida del daguerreotipo que conserva, si bien imperfectamente las lindas y purísimas imágenes que pinta la naturaleza en la cámara oscura, la PARTE ILU-

TRADA DEL CORREO DE ULTRAMAR está destinada á reproducir todos los signos de vida, á archivar todos los sucesos notables, á depositar todas las escenas que puedan dejar un surco luminoso en la memoria humana.

Nuestra ambición es interesar, distraer, instruir de un modo ameno, sin violencia ni fastidio, evitando todo lo que trasciende á análisis y pedantesca severidad; procurando difundir la luz á todas las clases, y que la lectura asidua de esta obra, independientemente de su recreo, comunique á nuestros lectores, ese lenguaje ameno, esa producción elegante, esos conocimientos generales que al trato de los viajeros, literatos, sabios y artistas, debe la clase aristocrática.

Al mismo tiempo tendremos particular esmero, y una vigilancia continua, en no emitir idea ni frase que pueda escandalizar, sea al espíritu sea al corazón; y nunca contendrán nuestras páginas la menor alusión irreligiosa, obscena ó inmoral, pues nuestro periódico debe ser leído en el seno de las familias, y una de las mayores causas de la popularidad de Walter-Scott es la decencia que reina en todas sus obras.

Esto no nos impedirá que, al tratar de las obras maestras de la pintura ó escultura, como igualmente de los misterios de la ciencia, prescindamos de toda gazonería fari-saica, pues, como las estrellas, habitan el arte y la ciencia, regiones sublimes; como los genios y los ángeles no tienen sexo, y son superiores á todo pudor, y *honni soit qui mal y pense*.

La favorable y brillantísima acogida que ha logrado el *Correo de Ultramar*, y la indulgencia del público para con nuestras diferentes publicaciones, nos han impuesto nuevos deberes, y la obligación de no escasear medio que pueda conducir á mostrar el debido reconocimiento á los numerosos suscriptores que cuenta nuestro periódico político. Publicada en mira y obsequio de las poblaciones del Nuevo-Mundo, redactada por jóvenes americanos y literatos españoles que se engrían al pensar en el radioso porvenir de su lengua y raza en las regiones que el sol dora y acaricia mas allá del Atlántico, la parte ilustrada tendrá siempre en mira el recreo y provecho de esas robustas poblaciones que se agitan ebrias de vida en las feraces y risueñas comarcas del Nuevo-Mundo.

Así, á igualdad de circunstancias, preferirémos lo que lleve el carácter americano, y nos dedicaremos, con cuidado particular, á reconstruir, por medio de las artes plásticas y la arqueología, esa civilización momificada, mas preciosa que las minas de oro y plata, esa civilización fósil que hue-llan con el mayor descuido los habitantes de Méjico y Perú.

Heredera del poder y civilización que le lega la vieja Europa, destinada á empuñar el doble cetro del poder y de la civilización, el continente americano debe realizar un mundo de luz, de amor y de armonía, que ni aun siquiera sospechan los habitantes de esta nebulosa y helada parte del mundo. Los gérmenes de vida brotan con mas vigor en las imaginaciones americanas que las semillas que esparce el céfiro en las pampas en que hierve la vegetación. Mientras que el viejo Oriente, sentado como un bajá turco en la popa de su galera, con el chibuc en los labios, ve triste pasar las olas y parte de recuerdos estériles, ambos Océanos Atlántico y Pacífico mecen, en su cuna de musgo y corales, la naciente América que sueña visiones de ventura. Sublimada por el fuego tropical, la sangre española debe realizar prodigios. Los siglos venideros desplegaránse como una alfombra cuyo dibujo no se puede ver sino cuando perfectamente extendido; los nombres de los luminosos varones que deben ilustrar el suelo virgen, son tan numerosos, que la lengua humana es demasiada espesa para pronunciarlos. Una raza privilegiada, un pensamiento puro y andaluz, una nueva grey dotada de una facilidad que la esperanza promete, y que siempre huye á este misero suelo, penetrará en esas soledades en que la tierra ostenta su belleza sin mas testigo que el sol que la mira, soledad en que resuena la voz de la cataracta, el grito del condor, el rugir del trueno; que esmaltan los rojos cardenales de vuelo meteórico, las campanulas y jazmines, las verdes lianas que forman fuentes en los torrentes, las islas perfumadas que se mecen en los ríos, en torno de las cuales nada el cocodrilo y arrullan las ondas de azul y plata.

Si esta nuestra publicación fuese como una chispa disparada de ese incendio de amor y armonía, cumplidos quedarán nuestros votos y mas que premiados nuestros afanes.

Destinada á tener al público al corriente del movimiento universal, la PARTE ILUSTRADA DEL CORREO DE ULTRAMAR saldrá regularmente todas las semanas.

Su tamaño será el folio prolongado español ó marquilla con 46 páginas de impresión, ó sean cuatro pliegos, compuestos de cuarenta y ocho columnas en carácter compacto y claro, tal como lo indica el prospecto.

El precio de suscripción queda fijado en la última página de este periódico.

Deseosos de no omitir circunstancia alguna que pueda contribuir al realce de la empresa, nuestro periódico será impreso en papel avitelado, blanco y consistente, como lo requiere una obra destinada al recreo ó instrucción, y á figurar en primera línea en los estantes de las bibliotecas.

La impresión será clara y hermosa; los tipos saldrán de las mejores fundiciones, y serán á menudo renovados por poco que el uso les deteriore.

Los directores de esta empresa están dispuestos á hacer los gastos y diligencias necesarias para insertar en su periódico los mejores grabados, recurriendo á este fin á los mas célebres artistas de París, Madrid y Londres, sobre todo en lo relativo á los monumentos, vistas y costumbres nacionales de España y América.

El día primero de cada mes se publicará una revista agrícola-comercial que contendrá artículos relativos á los adelantos de todos los países, bajo este punto de vista: extendiéndonos especialmente en lo que tenga relación

con nuestros hermanos de la Península ó de Ultramar.

Nuestros primeros números serán tirados á seis mil ejemplares; y como es muy probable que exceda á este número el de nuestros suscriptores inmediatos, aconsejamos á las personas que gusten suscribirse, lo hagan inmediatamente al tomar este primer número, y dejen al efecto sus nombres en el despacho de nuestros corresponsales, que van indicados en la última página.

Igualmente publicaremos un boletín científico, un análisis de las principales obras que salen á luz, una crónica religiosa, artículos de historia, literatura y viajes, traducciones escogidas de libros, novelas y periódicos, y un boletín de modas con figurines y grabados correspondientes á las delicadas y primorosas labores del bello sexo.

Al fin del año recibirán los señores suscriptores la portada ó frontispicio, y la tabla de materias.

Excusamos decir que las columnas de nuestra publicación contendrán artículos originales de los señores Breton de los Herreros, García, Gutiérrez, Zorrilla, Satorres, Harzenbush, Ochoa, Vega, Príncipe, Lafuente (Fr. Gerundio), Diana, Baralt, Asquerino (D. Eusebio y D. Eduardo), D. Evaristo San-Miguel, Larrañaga, Selgas, Escosura, Rubí, Ribot, Calvo, Asensio, Rosa, Gonzalez, y otros distinguidos literatos que honran nuestra patria y cuyos nombres irán siempre al pié de sus producciones.

Por último la experiencia nos enseñará todo aquello que convenga y puede ser útil á los señores suscriptores, si estos, como no lo dudamos, corresponden á nuestro anhelo y resolucion de no escasear medio alguno que pueda redundar en ventaja de nuestra publicación y obsequio del ilustrado público á que nos dirigimos.

X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Querellas amorosas.

¿Y aun, Inés, me has preguntado
que porqué estoy enojado?
¡Reniego de mi fortuna!
Yo vi que el duque embozado
Entró en tu cuarto á la una.
¿Porqué su mano agarraste
Con sonrisa seductora?
Inés, yo debo olvidarte...
A los piés de usted, señora.

Mas... no he de salir de aquí
Sin decirte ¡vive Dios!
Inés, lo que padece,
Cuando observé desde allí
Que entraba el conde á las dos.
Yo clavaba, en mi despecho,
Las uñas en la pared,
Y... si él reina en ese pecho...
Señora, á los piés de usted.

Pero olvido en mi dolor
Que suspirando á tus piés
Vi luego al señor marqués
Jurándote eterno amor
Al dar el reloj las tres?
Y si esto he visto, traidora,
¿Porqué tu labio engañoso?...
Separarnos es forzoso:
A los piés de usted, señora.

¿Porqué detenerme así?
¿Pensarás que aun te idolatro?
No; ya reniego de tí.
¡Ingrata! También te ví
Con el vizconde á las cuatro.
Y si te puedo juzgar
Presa en su amorosa red,
¿Qué mas debo ya esperar?
Señora, á los piés de usted.

Suelta el brazo ¡voto á quién!
Porque de cólera brinco;
Mas que justo es mi desden:
Mira que te ví tambien
Con el baron á las cinco.
Y puesto que te enamora
Uno á cada campanada,
Ya no debo esperar nada:
A los piés de usted, señora.

Y apartándose don Félix
De su doña Inés querida
Gime y llora y va bajando
La escalera echando chispas,
Prorumpiendo en juramentos
De... no volver á subirlas.
¡Pródigos en el jurar
Son los que de amor suspiran!

MANUEL J. DIANA.

Fragmentos de la historia de la Fotografía.

LA PLANCHA. — EL PAPEL. — EL CRISTAL.

En los momentos en que va extendiéndose el horizonte de la fotografía, y que este arte cultivado por los señores Lerebours, Lemerrier y Barreswil, va abriéndose un nuevo camino cuya importancia es imposible calcular desde ahora, nos parece muy útil y curioso echar una ojeada retrospectiva, examinar rápidamente los progresos que sucesivamente se han ido haciendo, y comparar entre sí las diferentes operaciones de que los fotógrafos se sirven en la actualidad.

Sabido es que el descubrimiento de Daguerre fué comunicado á la Academia de las ciencias en la sesion del día 10 de agosto de 1839. Nadie ignora ya el principio de este descubrimiento, y que las imágenes daguerreotípicas se obtienen sobre una plancha de plátano ó cobre cubierto con una capa de plata expuesta por algunos minutos á los vapores espontáneos que despiden el yodo á la temperatura ordinaria. Esta operacion determina sobre la superficie de la hoja una ligera capa de yóduro de plata, que tiene la propiedad de ser muy sensible á la impresion de los agentes luminosos, es decir, de descomponerse por medio de la accion de la luz. Colocando en el foco de la cámara obscura una plancha preparada de este modo, y haciendo llegar á su superficie la imagen formada por el lente del instrumento, sucede que las partes de la imagen, iluminadas vivamente, descomponen en ciertos puntos el yóduro de plata, las partes oscuras quedan sin accion, y los espacios correspondientes á las medias tintas reciben mas ó menos influencia á medida que las mismas se acercan mas ó menos á las sombras ó á los claros.

Este trabajo no es mas que la primera parte del daguerreotipo; es necesaria otra operacion para que la imagen sea visible en la plancha, la cual al salir de la cámara obscura conserva uniformemente su color dorado. Con dicho objeto se expone la plancha á la accion de los vapores del mercurio, colocándola en una cajita en cuyo fondo hay un depósito de este mismo metal; se calienta ligeramente por debajo, y los vapores mercuriales llegan desigualmente á condensarse sobre la superficie metálica; digo desigualmente porque no se impregnan sino en los puntos descompuestos por la luz, y quedan sin accion en las partes intactas del yóduro de plata. Fácil es conocer lo que sucede despues: las partes iluminadas se representan sobre la plancha con un barniz brillante de mercurio, y las sombras por las mismas superficies de la plata que no han recibido impresion alguna.

Compréndese que la operacion daguerreotípica no debe limitarse á lo que dejamos dicho, porque las partes de plata no descomponen, y por consiguiente exentas de mercurio, se ennegrecerian con la luz y el ambiente, y destruirian todo el dibujo. Es, pues, enteramente indispensable hacer que desaparezca el resto del yóduro de plata, aunque respetando las partes cubiertas de mercurio, lo que se consigue sumergiendo la plancha en una disolucion de hiposulfito de sosa, la cual tiene la propiedad de disolver el yóduro de plata.

Tal es, en pocas palabras, reducido á la mas simple expresion, el descubrimiento de Daguerre. Pero desde que cayó en dominio público, las muchas mejoras y perfecciones que se han conseguido lo van transformando en cierta manera, desembarazándolo de los principales inconvenientes que solo pueden conocerse con la práctica. Las imágenes daguerreotípicas presentaban un reflejo desagradable, no podian verse sino poniendo la plancha en cierta disposicion; los objetos animados no se reproducian, y la extension de la vista era sumamente limitada. Todos estos defectos provenian de lo mucho que duraba la operacion, que exigia por lo menos un cuarto de hora de exposicion á una luz muy viva. Así es que los primeros esfuerzos que se hicieron no tuvieron mas objeto que abreviar el tiempo de la exposicion de la plancha en la cámara obscura, lo que se consiguió estrechando el foco del anteojito, por cuyo medio se multiplicó la intensidad de la luz. Este pensamiento no tardó en completarse por medio de una acertada modificacion: un objetivo doble y acromático permitió á la vez acertar los focos para reconcentrar mayor cantidad de luz sobre la plancha, agrandar la extension de la vista, y hacer variar las distancias á medida del deseo. Merced á este ingenioso sistema, puede hacerse la operacion en solo dos ó tres minutos.

Sin embargo, el problema de abreviar el tiempo de la exposicion á la luz no quedó completamente resuelto hasta que en el año de 1841 se descubrieron algunas sustancias aceleratrices. Nadie ignora ya que este es el nombre dado á algunos compuestos, que aunque por sí mismos no son fotográficos, poseen á pesar de eso la propiedad de hacer mucho mas sensibles á la luz las preparaciones del yodo. El mérito de este descubrimiento corresponde enteramente al señor Claudet, quien principió por hacer experiencias con el clóruo de yodo. Pero desde entonces se han descubierto otras sustancias aceleratrices muy superiores al primer agente de que se hizo uso, y son: el vapor de bromo, el bromuro de yodo, la cal bromada, el bromoformo, el licor húngaro, el de Reiser, el líquido de Thierry, etc., etc. Con estas sustancias se han obtenido excelentes dibujos en medio segundo, y hasta en un cuarto de segundo, sirviéndose de objetivos de foco muy corto.

Segun se ve, el problema de la duracion de la exposicion estaba enteramente resuelto, y con él el otro problema de la reproduccion de los objetos animados; pero habia todavía otro inconveniente muy grave que afeaba y disminuía el mérito de las pruebas daguerreotípicas, cual era el reflejo de la plancha y la poca consistencia de las imágenes. Este doble inconveniente ha desaparecido tambien por medio del ingenioso sistema dado á conocer por el señor Fizeau. La operacion, cuyo resultado es cubrir la prueba fotográfica con una ligera capa de oro, consiste en derramar en la superficie de la prueba una disolucion de clóruo de oro mezclado con hiposulfito de sosa, calentándolo enseguida un poco. Fácil es de explicar el doble resultado que con esta operacion se obtiene, es decir, la firmeza de la imagen y la disminucion del reflejo; extendido el oro, segun hemos dicho, sobre la superficie de la plancha, se aplica ó amalgama al mismo tiempo con la plata y con el mercurio de que se halla cubierta; la plata que forma las sombras del cuadro se encuentra bruñida por medio de la adiccion del oro, y de esa manera pierde su reflejo, mientras que el mercurio que forma los claros, adquiere por su amalgama con el oro un lustre mas brillante, y por consiguiente aumenta la vivacidad de los tonos claros. Además de eso, el mercurio que un momento antes marcaba el dibujo en el estado de globulillos infinitamente pequeños y muy poco adheridos, queda cubierto, despues de la operacion imaginada por el señor Fizeau, con una lámina uniforme de oro que se adhiere á la plancha en virtud de una verdadera accion química, y eso á tal grado, que la prueba puede conservarse y transportarse sin peligro en una cartera.

No es difícil conocer que estas mejoras sucesivas han modificado extraordinariamente el sistema primitivo de Daguerre, sin contar con el galvanismo, ni con la pintura, por cuyos medios se ha querido tambien perfeccionar la fotografia. Con todo eso el arte fotográfico ha progresado todavía mas, y saliendo enteramente del camino trazado por el inventor, ha conseguido producir las imágenes, no ya sobre una lámina metálica, sino sobre una hoja de papel, la cual constituye en cierto modo un nuevo descubrimiento, complemento del primero y origen de esos hermosos dibujos, que con admiracion del público se ven en las muestras de ciertos ópticos y comerciantes de papel.

La historia de la fotografia en papel no es ménos interesante que la del daguerreotipo. Tratarémos de consignar aquí los principales rasgos de ella sin hablar de las personas segun lo hemos hecho en la primera parte. No hay duda que los títulos de los inventores son muy sagrados, la honra y provecho de un descubrimiento deben ser para el trabajador infatigable, que lleno de conviccion y de fé en su idea, ha sacrificado su descanso, placeres y fortuna para llegar á realizarla; por lo mismo que respetamos mucho los derechos de los inventores, creemos conveniente no tocar la cuestion de prioridad. Los derechos de Niepce y de Daguerre al descubrimiento de la fotografia en planchas, y los de los señores Talbot y Bayard al de la fotografia en papel, no pueden discutirse en un artículo de periódico, ni en una sencilla y rápida exposicion de las operaciones fotográficas. La discusion de estos derechos exige aclaraciones que no son de este lugar, y temiendo no hacer á cada uno la justicia que se merece, nos abstendremos enteramente de abordar semejante problema, contentándonos, como lo hemos hecho hasta ahora, con exponer los métodos y procedimientos fotográficos adquiridos por la ciencia.

El principio de la fotografia en papel se funda en la propiedad que tienen las sales de plata de ser descompuestas por la luz. Todos sabemos en efecto que dichas sales se ennegrecen al contacto de los rayos luminosos. Por consiguiente si se coloca en la cámara obscura una hoja de papel impregnada en la disolucion de una de ellas, sucederá que los puntos iluminados se ennegrecerán, y el resto del papel que no ha experimentado en modo alguno la influencia de la luz, conservará su color blanco, en términos, que los tonos claros de la imagen se representarán en negro, y las sombras en blanco. Bien se ve que este resultado no puede ser definitivo; el dibujo que se obtiene por este medio es imperfecto, y por eso se ha dado á la primera prueba el nombre de *inversa* ó *negativa*.

Para obtener la prueba buena, ó *positiva*, segun la llaman, se aplica la prueba negativa sobre otra hoja de papel preparada con una sal de plata, y se exponen las dos á la luz, bien sea solar, ó bien difusa, cuidando de colocar la prueba negativa sobre el papel que debe producir la prueba positiva. Sucede entonces que las tintas negras de la imagen de la prueba negativa impiden que la luz llegue hasta el papel, mientras que los tonos claros la dejan pasar, permitiéndole que ennegrezca sobre el papel las partes correspondientes de la prueba negativa, de manera que los puntos negros de esta quedan blancos en la prueba positiva, y vice-versa.

Tales son el principio y la doble operacion de la fotografia en papel.

En este principio se funda la *autofotografia* la cual no es mas que la reproduccion de una litografia ó de un grabado; en cuyo caso uno y otro hacen las veces de prueba negativa.

Habiendo ya explicado la teoria general de la fotografia en papel, solo nos falta dar á conocer las operaciones prácticas por cuyo medio se obtienen las dos pruebas.

Para obtener la prueba negativa se emplea el yóduro de plata, y como este ingrediente recibe la impresion mucho mas pronto cuando se conserva húmedo, se coloca el papel impregnado en él sobre algunas hojas de papel empapado en agua, y á fin de poner perfectamente lisa su superficie, se aprieta entre dos cristales, pues la interposicion del cristal no impide la accion de la luz.

Preparado todo de esta manera, se expone á la luz en la cámara obscura, y en el espacio de treinta á cincuenta segundos el yóduro de plata se descompone en las partes iluminadas, y el óxido de plata queda libre en ellas. Para hacer resaltar la imagen que resulta de esta descomposicion, se sumerge la hoja de papel en una disolucion de ácido gálico, el cual forma con el óxido de plata una sal llamada galato de plata cuyo color negro permite que la imagen aparezca al momento.

El yóduro de plata que no ha recibido influencia alguna en esta primera operacion, debe quitarse á fin de que no experimente despues la accion de la luz, y para esto se sumerge el dibujo en una disolucion de hiposulfito de sosa, la cual disuelve inmediatamente el yóduro de plata.

Para obtener la imagen positiva, no se necesita una nueva operacion química. El papel destinado á recibirla se impregna en clóruo de plata, y se pone debajo de la prueba negativa colocando ambas entre dos cristales. El tiempo que han de estar expuestas á la luz de fuera, varia desde media hora hasta cuatro horas, y á la luz solar desde quince hasta veinte y cinco minutos; por lo demás, como se asiste á la formacion de la imagen, se puede abreviar ó prolongar la exposicion segun se juzgue necesario. Por último y para terminar la operacion se sumerge el dibujo en una disolucion de hiposulfito de sosa, á fin de fijar la imagen y de separar el exceso de clóruo de plata que no ha recibido influencia alguna.

Es incontestable que la fotografia en papel tiene inmensas ventajas, pero tambien presenta el inconveniente de carecer de finura en los perfiles, inconveniente causado por las mismas condiciones del papel. Para evitar este defecto el señor Niepce de San Victor ha recurrido á una operacion muy ingeniosa y á la que se ha dado el nombre, muy impropio á nuestro modo de ver, de *fotografia en cristal*.

La fotografia en cristal es una modificacion felicísima de la fotografia en papel, pero no consiste en obtener dibujos fotográficos, como su nombre parece indicarlo, y como lo creen algunos. Su objeto es simplemente formar la imagen negativa sobre una substancia uniforme y sin borras como el papel. Para ello se cubre una lámina de cristal ó una hoja delgada y flexible de mica con una capa de albumina la que, cuando está seca, presenta una superficie igual y perfectamente lisa. Dicha plancha de cristal ó hoja de mica, preparada segun hemos dicho, se halla, así como el papel de la prueba negativa, impregnada de sal de plata, y para todo el resto de la operacion se hace lo mismo que para la fotografia en papel. Algunos no usan tampoco cristal ni mica para obtener la imagen negativa, y se contentan con cubrir la hoja de papel con una capa de albumina, ó la empapan en cera como lo ha hecho el señor Legray.

Tal es actualmente el estado de este nuevo arte que en algunos años se ha desarrollado inmensamente, y que cada dia parece debe tomar todavía mayor incremento, merced á las hábiles experiencias de los señores Niepce de San Victor, Martens, Ferrier, Le Secq, etc., etc. Hay por todas partes un movimiento de progreso; la fotografia no es ya el patrimonio de unos pocos iniciados en ella; cuenta ya muchos órganos de publicidad en los cuales se abordan, discuten y resuelven á veces las mas arduas cuestiones. Creeríamos dejar en la oscuridad una parte del trabajo que nos hemos impuesto, si no hiciésemos resaltar las ventajas é inconvenientes respectivos de las tres operaciones que acabamos de describir, que son: 1^o la fotografia en plancha, 2^o la fotografia en papel, y 3^o la fotografia en cristal.

Este problema cuya solucion da á cada método la parte de estimacion que le corresponde, ha sido tratado *ex profeso*, en un periódico especial, *La Lumière* (la luz), por el señor Lerebours, uno de nuestros mas hábiles ópticos, quien desde el principio se aplica con mucha aficcion á su fotografia. Permitásemos que nos refiramos con frecuencia á la opinion de un artista cuya reputacion ha sido tan legítimamente adquirida, y que consideramos su juicio como el mas seguro guia en semejante materia.

Para adquirir una idea exacta de la preferencia que debe darse, bien sea á la plancha, bien al papel, bien al cristal, es necesario no olvidar que los dibujos fotográficos pueden representar la naturaleza viva ó muerta: «Desde que se han visto algunos hermosos retratos en papel, dice el señor Lerebours, oímos exclamar por todas partes á algunos exclusivos: ¡concluyó el reinado de la plancha; dentro de poco todas las pruebas se harán en papel ó en cristal!» Nosotros creemos que este momento, si algun día llega, no está aun muy próximo. Dirémos la razon... Salvas algunas excepciones, ¿hay algo que pueda citarse como retrato fotográfico? Ciertamente se ven algunas figuras retocadas cuyo aspecto es muy agradable; pero, ¿qué eran antes de que las corrigiesen? nada valian. Los retoques no pueden dar valor á un cuadro, sino cuando están hechos por una mano hábil; pero entonces deja de ser una prueba de fotografia, y no es sino una obra mas ó ménos artística. Sin contar con la dificultad de hallar fuera de Paris, aun en las ciudades mas populosas, pintores bastantes inteligentes para retocar las imágenes fotográficas, el señor Lerebours hace valer, en favor de la plancha, una razon sentimental que para ciertas personas no dejará de tener fuerza. «En el retrato en plancha, dice, se ve la imagen de un padre, de una madre, de un hijo, que se ha pintado por sí misma; que se ha mirado, por decirlo así, que la luz ha reflejado en la plancha sensible sin servirse de agente alguno material; ¡porqué un simple vapor impalpable va á hacerlo aparecer! ¡Con el papel sucede lo contrario, se obtiene primero una imagen negativa, sumamente fea, y con este clisé que se calca en otra hoja por medio de una porcion de operaciones químicas, se llega por fin á obtener la imagen positiva! Bien sabemos que muchos encuentran la imagen daguerreotípica demasiado semejante á la verdad que llaman ellos *prosaica*; y que á esta verdad é ingenuidad de la naturaleza, prefieren una expresion falsa las mas veces, pero que creen mas poética, expresion que puede obtenerse en el papel con los retoques de un pintor entendido. Pero justamente esa verdadera é ingenua expresion de la naturaleza, cogida en fragante, por decirlo así, es la que constituye el principal mérito de la invencion de Daguerre.

Los objetos de historia natural, y particularmente los insectos y las conchas, así como los retratos, deben reproducirse con arreglo al sistema de Daguerre: « Todos los cuerpos que para su produccion exigen mucha finura y no grande efecto, dice el señor Lerebours, deben reproducirse por ese sistema y por los prototipos adheridos al cristal... Cuando se trate de reproducir monumentos, vistas generales, detalles, y sobre todo si hay que hacer largos viajes, entonces, sin titubear, daremos la preferencia al papel. » Los que hayan visto las pruebas del señor Gray y Mestral, las del señor Leseq, y los doscientos clisés traídos de Egipto por el señor Máximo Ducamp, participarán de la conviccion del señor Lerebours. Todas estas vistas tomadas con los objetivos fabricados por los señores Lerebours y Secretan presentan los mas pequeños detalles y producen mucho efecto artístico. Así como los retratos necesitan hacerse en planchas pequeñas, las imágenes en papel ganan mas cuanto mayores son sus dimensiones. ¡Y qué diferencia no hay entre el equipaje del viajero fotógrafo y el del daguerreotipista que llevaba consigo doscientas planchas normales!

La fotografia en cristal presenta tal vez mas estorbos para los viajeros que el daguerreotipo, porque además de tener el mismo peso y volumen, el cristal se rompe con mucha facilidad; y luego son muy grandes las dificultades para extender con igualdad la capa de albumina sobre la lámina de cristal. Así es que apenas se cuentan en Paris cuatro ó cinco personas que hayan llegado á obtener dibujos regulares con este sistema, y eso que el señor Martens ha tratado de comunicar su destreza á un considerable número de discípulos. ¡Y de todo lo que precede, dice el señor Lerebours, cuya opinion acabamos de analizar, deberémos acaso deducir que haya de renunciarse á practicar la fotografia en cristal? Para la generalidad responderémos afirmativamente; pero á todos los que sean diestros, y se sientan animados del fuego sagrado y de una perseverancia infatigable, les dirémos: « Trabajad y seréis ampliamente indemnizados. »

Despues que se publicó la obra que acabamos de citar, se ha hecho un nuevo adelanto con el *colodion*. Al considerar la finura de los resultados obtenidos con esta sustancia aplicada al cristal, y su mucha sensibilidad, puede creerse que llegará á rivalizar con la plancha para la reproduccion de los retratos. Pero lo que hemos dicho hablando de la albumina, se aplica con mas razon todavía al *colodion* cuya manipulacion es muy difícil.

Proclamacion del Imperio.

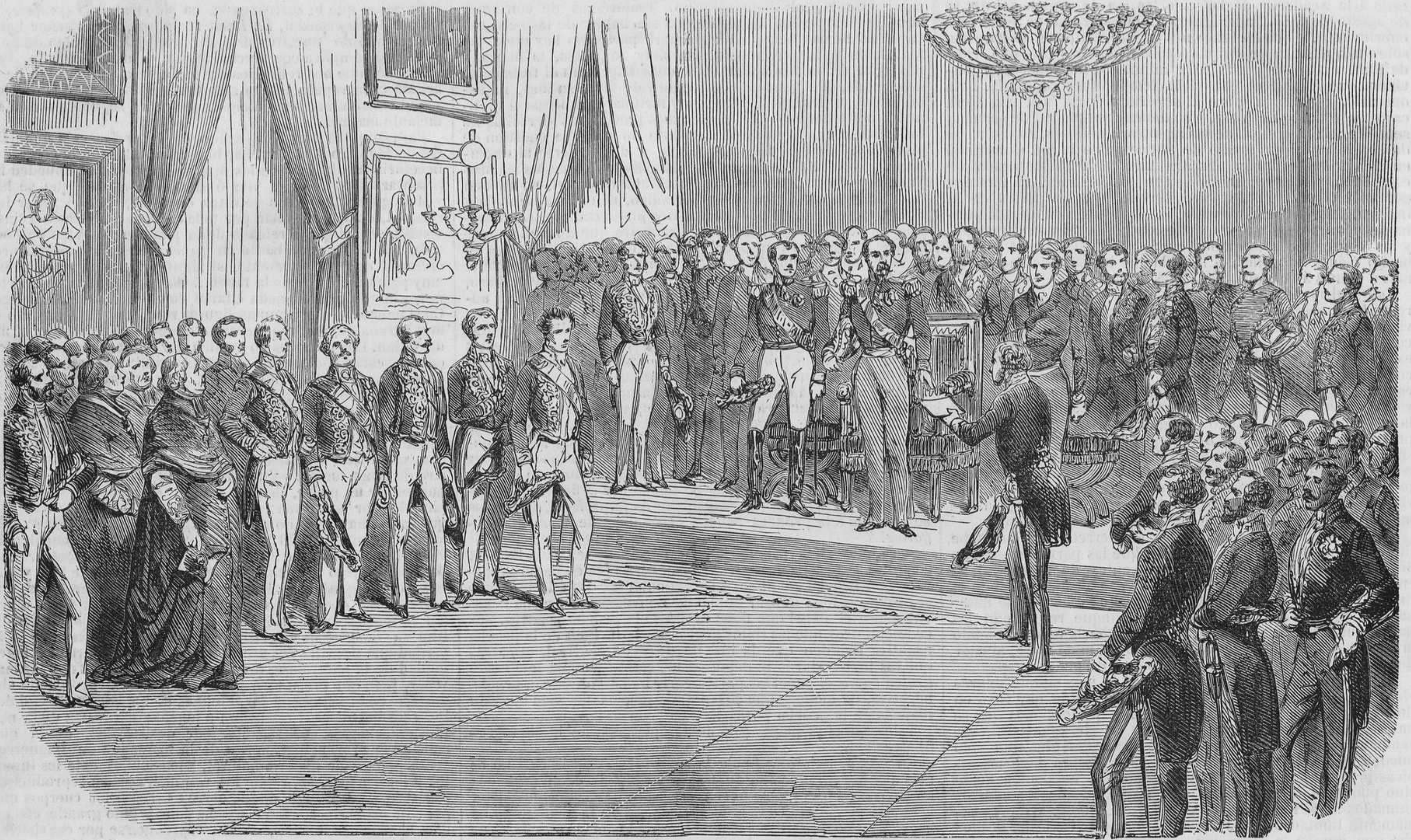
(Véanse los grabados de las p. 4, 5, 8 y 9.)

De los periódicos del 3 de diciembre tomamos la siguiente relacion que es una página histórica digna de ser consignada en nuestras columnas.

La proclamacion del imperio ha tenido lugar el día 2 de diciembre á las diez de la mañana en las Casas consistoriales.

La Casa de la Villa habia sido adornada expresamente para esta solemnidad. Los tres pisos del palacio municipal se hallaban guarnecidos con pabellones de banderas tricolores reunidos entorno de un escudo con las armas del Emperador. De cada una de las ventanas del primer piso pendian unas colgaduras de terciopelo encarnado en las que se veía la cifra de Napoleon III. En la torre ó campanario del concejo se veían muchas banderas y gallardetes de los colores imperiales. Algunas guirnaldas de follaje sostenidas por águilas de oro, reunían todos los adornos unos á otros y daban un carácter uniforme al ornamento de todo el edificio. Debajo de la estatua de Enrique IV se habia dispuesto una tienda de terciopelo encarnado sembrado de estrellas y abejas de oro, destinada para el Prefecto del Sena y las autoridades municipales de Paris.

Un gran transparente colocado delante del reloj representaba las armas de Napoleon, coronadas por el águila y ro-



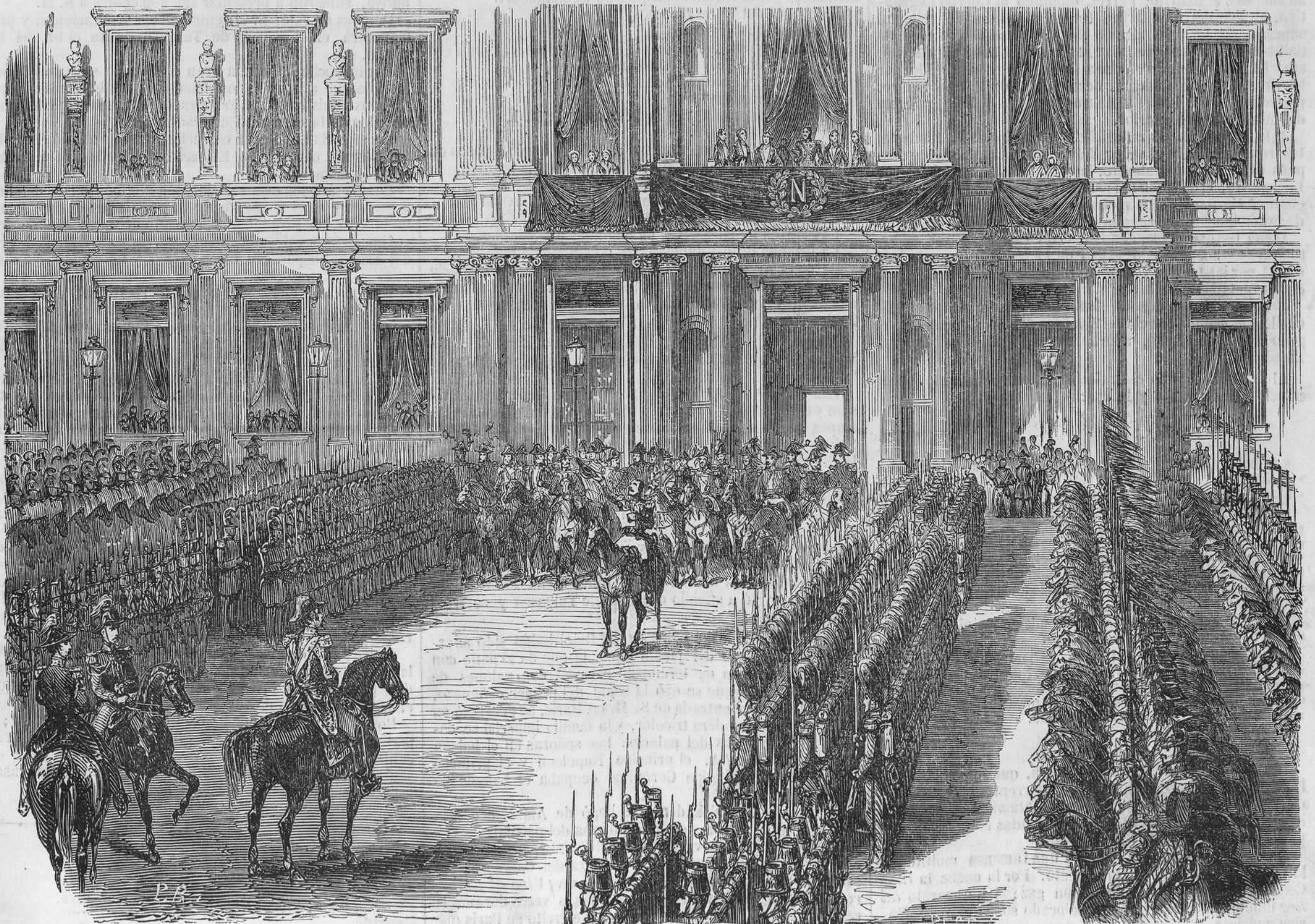
Presentacion del plebiscito á San Cloud, el 1º de diciembre de 1852.



Proclamacion del Imperio en las Casas Consistoriales el 2º de diciembre de 1852.



Recepcion del Emperador por las princesas de la familia imperial, en los primeros escalones de la grande escalera de las Tullerias.



Proclamacion del Imperio en presencia de las tropas en el patio de Tullerias, por el mariscal de Saint-Arnaud, ministro de la Guerra.

deadas de figuras alegóricas. Dicho transparente ha sido pintado por el señor Sechan con arreglo á los dibujos del señor Baltard, arquitecto. Este cuadro perfectamente acabado completaba el conjunto del ornato confiado al celo del señor Belloir, tapicero de la Villa.

A las nueve y media fué ocupada la plaza por tres batallones de tropa de línea y por el 43º batallón de la guardia nacional: el mando de las tropas había sido confiado al general de brigada d'Alfonse. Una diputación de los restos de la guardia imperial llegó después y se colocó delante de los batallones de línea.

A las diez en punto llegó á la tribuna el Prefecto del Sena acompañado del señor Carlos Merruau, secretario general de la prefectura del Sena; de los señores Leon Lambert y de Boisthierry, sub-prefectos de los distritos de Sceaux y de San Dionisio, con los cuerpos municipales de Paris y de las afueras. Entre los individuos del concejo municipal que se hallaban presentes á la ceremonia, se veían:

Los Sres. Delangle, presidente del concejo municipal, procurador general del tribunal de cassation ó supremo tribunal de justicia; Devink, presidente que fué del tribunal de comercio, diputado por Paris al Cuerpo Legislativo, vicepresidente del concejo municipal; Perier, juez depaz del 8º distrito, vice-presidente del concejo municipal; d'Eichthal, banquero, secretario del mismo concejo; Bonjean, presidente de sección del consejo de Estado; Victor Foucher y Pecourt, consejeros del tribunal supremo de Justicia; Hermann, consejero de Estado; Eduardo Thayer, director general de correos; Chaix d'Est-Ange, individuo del colegio de abogados, y abogado de la villa de Paris; Fleury, vice-presidente del tribunal de primera instancia del Sena, Billaud, síndico de los agentes de cambio; Eugenio Delacroix, pintor de historia; Fremyn, presidente del colegio de notarios de Paris; Ernesto Moreau y Tronchon, procuradores de primera instancia; Moreau (del Sena); Peupin y Boissel, representantes que fueron del pueblo en la Asamblea Nacional; de Rite-roles, decano del tribunal mayor de Cuentas; Germain Thibaut, vice-presidente del consulado de comercio, diputado al Cuerpo Legislativo; Eugenio Lami, consejero del tribunal de Apelación; Pelouze, miembro del Instituto; Segalas, miembro de la Academia de Medicina; Fermin Didot, impresor; el doctor Thierry; Ernesto André, banquero; Amadeo Thayer, senador; Possoz, alcalde de Passy, secretario del consejo general ó sea diputación provincial del Sena; Chevreau padre, diputado al Cuerpo Legislativo; Mongis, abogado general del tribunal de Apelación.

Entre los alcaldes de Paris se hallaban los Sres. Monin-Japy, decano de dicha corporación, diputado al Cuerpo Legislativo; Frotin, notario que fué, individuo del consejo de vigilancia de los hospitales, alcalde del 4º distrito; Decan, notario que fué, alcalde del 3º distrito; Varin, negociante, alcalde del 4º distrito; Arnaud-Jeanty, negociante, alcalde del 7º distrito; Perret, diputado al Cuerpo Legislativo, alcalde del 8º distrito; Roger, abogado del tribunal supremo de Justicia, alcalde del 10º distrito; y Leroy de Saint-Arnaud, consejero de Estado, alcalde del 12º distrito, etc. El consejo de prefectura se hallaba representado por los Sres. Lafon de Ladébat, decano; Sylvain Marie y Sebire, prefecto que fué; Loisel y Mauroy, antiguo jefe de gabinete del ministerio del Interior.

A la llegada de las autoridades municipales los tambores tocaron marcha, y el señor Berger, prefecto del Sena, después de haberse descubierto, leyó la declaración del Cuerpo Legislativo, el discurso del señor Billault, el que pronunció el señor Mesnard, la respuesta del Emperador y el decreto de promulgación del senado-consulta del 7 de noviembre. Dicha lectura acompañada del ruido de las salvas de artillería fué acogida con gritos de ¡Viva el Emperador! dados por las tropas y por la inmensa multitud colocada en las ventanas y en la plaza.

Después del desfile por delante de las autoridades municipales, el señor Prefecto del Sena les dió un almuerzo en el gran salón del Reloj, adornado con águilas y banderas tricolores.

Al fin del desayuno el Prefecto del Sena se levantó y pronunció las siguientes palabras:

« Señores,

« Bebamos á la salud del emperador Napoleon III, á la duración de la dinastía que el voto de la nación vuelve á llamar al trono de Francia.

« El día 2 de diciembre inaugura una nueva era de paz gloriosa y fecunda para el país. Pasó ya el tiempo de las sorpresas políticas, la soberanía nacional ha vuelto á reconquistar sus derechos, y en el espacio de cuatro años el sufragio universal ha repetido al mundo libremente y por tres veces seguidas, el nombre que quince años de gloria habían grabado en el corazón del pueblo.

« En esta hora solemne se oye la misma unánime aclamación en todos los puntos de Francia.

« Que resuene al mismo tiempo, señores, bajo las bóvedas de nuestra antigua Casa Consistorial. Nuestros padres nos la transmitieron como un recuerdo glorioso; y nosotros, mas felices que ellos, la legaremos á nuestros hijos como un eterno grito de reunión de la Francia. »

« ¡Viva el Emperador! »

Después de esta corta improvisación, que fué acogida con las aclamaciones de todos los concurrentes, el Prefecto condujo á todos los individuos del ayuntamiento á las grandes habitaciones que han sido restauradas magníficamente para las funciones del invierno.

Durante todo el día ha acudido una inmensa multitud á la plaza de la Casa de Ayuntamiento. Por la noche la Casa Consistorial ha sido iluminada con gas; y un aparato *ad hoc* iluminaba el transparente colocado sobre el reloj. Varias músicas militares han estado tocando hasta una hora muy adelantada de la noche.

ENTRADA DEL EMPERADOR EN PARIS.

S. M. salió de Saint-Cloud escoltado por el 12º de dragones y la división de caballería de reserva al mando del general de división Korte.

Al momento que la comitiva se presentó en la verja del palacio, algunas jóvenes vestidas de blanco se acercaron y presentaron al Emperador un ramillete de violetas que tomó y conservó en la mano, mientras atravesó los pueblos de Saint-Cloud y Boulogne.

En toda la extensión de la cuesta que conduce desde el Sena hasta el Palacio, se había reunido una multitud de gente, y cuando pasó la comitiva se oyeron voces de ¡Viva el Emperador! Se presentaron unas veinte solicitudes á S. M. quien las recibió con benevolencia.

A la entrada de Boulogne había un gran estandarte que ocupaba todo el ancho de la calle. En él se veía un águila con un rayo entre las garras y la inscripción: ¡Viva el Emperador Napoleon III!

El Emperador atravesó al trote el bosque de Bolonia, y llegó á la avenida de Neuilly por la puerta de Maillot, desde donde principiaban las alas de la guardia nacional de los afueras y de las tropas de línea colocadas á los dos lados del camino.

S. M. llegó ántes de la una al Arco de triunfo.

Allí se detuvo algunos momentos para recibir los homenajes del prefecto del Sena, del prefecto de policía, del general comandante de la plaza de Paris, y de un gran número de generales sin mando que se hallan de cuartel en Paris.

Napoleon llevaba su uniforme acostumbrado de general en jefe y la gran banda de la Legion de Honor.

A su lado iban el mariscal Saint-Arnaud, ministro de la Guerra, y el conde de Persigny, ministro del Interior.

El general de Lavøstine con su estado mayor esperaba á S. M.

El general Magnan se hallaba á la cabeza de las tropas.

El 7º de lanceros se había llegado á las once y media á la puerta de la Estrella, y allí se había formado en columna por mitades en la calzada de los Campos Eliseos dando el frente á Paris. Entre la cola de su columna y las verjas de la puerta, había dejado el suficiente espacio para el 12º de dragones el cual vino á ocuparlo así que llegó al Arco de triunfo, formando también en columna por mitades.

Estos dos regimientos se hallaban bajo las órdenes del general Partouneaux.

La comitiva imperial se hallaba compuesta del modo siguiente:

El marques de Lavøstine, general en jefe de la guardia nacional del Sena acompañado de su estado mayor.

Seis escuadrones de la guardia nacional de caballería mandados por el coronel marques de Caulaincourt.

La música del 7º de lanceros.

El general Partouneaux.

El coronel y un escuadrón de 7º de lanceros.

El general en jefe y su estado mayor.

Tres escuadrones del 7º de lanceros.

El 12º de dragones.

Los empleados militares de la casa de S. M. I.

Su Majestad Imperial.

El Emperador iba enteramente aislado, y á veinte pasos de distancia de las personas que le precedían y le seguían.

Un escuadrón del 6º de coraceros.

La música del 6º de coraceros.

El general Korte y su estado mayor.

La brigada de coraceros, en columna por mitades.

La brigada de carabineros, en columna por mitades.

Desde el Arco de triunfo de la Estrella, hasta el palacio de las Tullerías formaban las alas, á la derecha la guardia nacional, y á la izquierda la infantería del ejército de Paris.

A pesar del tiempo frio y lluvioso una multitud de gente había acudido á los Campos Eliseos y se agrupaba detrás de la tropa.

Las 1ª, 2ª y 3ª brigadas de la 1ª división, la segunda división y el batallón de la Escuela militar de Saint-Cyr eran las tropas que formaban el ala en dos hileras; el batallón de Saint-Cyr apoyaba su izquierda en el palacio, dentro del jardín de Tullerías.

Las tropas que formaban las alas se hallaban bajo el mando del general Carrelet.

Desde el Arco de triunfo hasta el palacio de las Tullerías, el Emperador fué saludado por las aclamaciones de la multitud y del ejército, y con las voces de ¡Viva el Emperador!

S. M. I. después de dar una vuelta por toda la plaza de la Concordia, para ver las tropas que en ella estaban formadas, atravesó á caballo el jardín de Tullerías y se trasladó al palacio.

El balcón grande del pabellón del Reloj había sido adornado por la parte del jardín y por la que da al patio con una rica colgadura de terciopelo carmesí con galones de oro. Al momento que se oyó la señal del primer cañonazo, que anunciaba la entrada de S. M. en Paris, se enarboló en las Tullerías la bandera tricolor; y la familia imperial se colocó en las ventanas del palacio: las señoras en el balcón grande con SS. AA. el príncipe Napoleon y el príncipe Murat; S. A. el príncipe Gerónimo ocupaba el balconcillo de la izquierda.

El ex-Emir Abd-el-Kader, que llegó de Amboise por la mañana, estaba en una de las ventanas del palacio.

S. M. pasó por la bóveda del pabellón del Reloj á la una y cuarto. Su llegada al patio y á la plaza del Carrousel fué saludada por numerosas aclamaciones de ¡Viva el Emperador! Estas voces se repitieron muchas veces durante la revista que S. M. pasó á las tropas del ejército de Paris que no habían formado al paso de la comitiva.

Dichas tropas constaban del 1º y 2º de línea y el 3º de

lijeros, dos batallones de la guardia municipal, dos de la gendarmería móvil, los zapadores bomberos, y un batallón formado por las compañías de ingenieros, bajo las órdenes del general Courand.

El 9º batallón de cazadores de infantería, el 5º de línea, el 6º de lijeros y el 43 de línea, se hallaban bajo las órdenes del general d'Alphonse.

La brigada Marulaz (compuesta del 49º de lijeros y del 44 de línea) estaba también formada en el patio del palacio de las Tullerías.

En la plaza del Carrousel se hallaban: el 12 de lijeros, el 5º y el 34 de línea, el tren de los equipajes militares, los obreros de administración y los enfermeros. Estas tropas formaban dos líneas bajo las órdenes del general Repond.

Había también otra línea formada por cuatro baterías de artillería, la guardia municipal de caballería y el escuadrón de gendarmería del Sena.

Los tres batallones de la división Levasseur que habían asistido por la mañana á la proclamación del Imperio en la plaza de las Casas de Ayuntamiento, vinieron también al Carrousel y formaron en batalla.

Todas las tropas colocadas en el patio de las Tullerías y en la plaza del Carrousel estaban bajo el mando del general Levasseur.

Al apearse del caballo después de la revista, el Emperador fué recibido bajo el pórtico del Palacio por los ministros y los empleados civiles de su casa.

En lo alto de la escalera S. M. encontró al príncipe Gerónimo con uniforme de mariscal, al príncipe Napoleon Bonaparte con traje negro, al príncipe Luciano Murat, la princesa Matilde, la condesa Camerata y su hijo, al duque de Hamilton y otros muchos miembros de su familia; las señoras de los ministros; el ex-Emir; al señor Baroche, vice presidente del consejo de Estado; al señor Thayer, director general de Correos, y á algunos individuos del Senado.

En uno de los salones el Emperador volvió á encontrar á Abd-el-Kader con quien se detuvo á hablar algunos momentos.

Después de recibir las felicitaciones de todas las personas que se hallaban presentes, S. M. salió al balcón del jardín y al del patio, y fué saludado por las aclamaciones de las tropas y de la multitud.

En seguida todos los regimientos que componían el cortejo formaron en masa en el patio de las Tullerías; después de este movimiento los tambores tocaron á bando, se oyeron las trompetas, las tropas presentaron las armas, y el ministro de la guerra proclamó el Imperio en medio de repetidas voces de ¡Viva el Emperador!

Después de esta ceremonia, el mariscal Saint-Arnaud y el mariscal Magnan, se apearon de los caballos, y acompañados de todos los generales que formaban parte de la comitiva, subieron á generalitar sus homenajes á S. M.

Después de esto, S. M. entró en sus habitaciones; y permanecerá en el palacio de Tullerías hasta el fin del invierno.

Por la noche hubo una gran comida de sesenta cubiertos á la que asistieron los miembros de la familia Imperial, los ministros, los grandes dignatarios y principales oficiales de la casa del Emperador.

En seguida hubo gran recepción á la que asistió el cardenal Gousset con quien el Emperador se entretuvo á hablar algunos momentos.

Completaremos esta relación con algunos otros detalles: á las diez y en el momento de la proclamación en la plaza de la Villa, los inválidos dispararon ciento y un cañonazos.

Una batería colocada en Montmartre y otra en la puerta del Trono, dispararon otros ciento y un cañonazos cada una.

En cada uno de los diez y seis fuertes que rodean á Paris se dispararon de veinte y cinco á treinta cañonazos.

En el momento de la entrada del Emperador en las Tullerías los inválidos volvieron á hacer otra salva de ciento y un cañonazos.

Estas salvas que forman un total de mas de nueve cientos cañonazos setiraron á una señal dada desde el Ayuntamiento.

A las dos y cuarto el señor de Persigny, ministro del Interior, se trasladó á caballo y de grande uniforme de ministro, á la plaza de la Concordia, y en medio de los batallones de la guardia nacional, leyó en alta voz el plebiscito sometido al voto de la nación en los días 21 y 22 de noviembre. A esta lectura siguió la proclamación del Imperio, y fué acogida por la guardia nacional con las mas vivas aclamaciones.

Muchas diputaciones de las corporaciones de obreros de Paris, con sus estandartes á la cabeza, se hallaban reunidas en las Tullerías, formadas en masa á la entrada de la gran verja: así que acabó de pasar la comitiva de S. M., se pusieron en marcha y desfilaron en su presencia, pasando con sus banderas por la bóveda del pabellón del Reloj.

Entre estas diputaciones se notaban naturalmente las de las plazas y mercados, de las que había muchas representadas por algunas jóvenes vestidas de blanco y con unos enormes ramilletes de violetas en la mano.

Por la noche hubo iluminación en todos los cuarteles; y perdonaron todos los castigos impuestos por faltas lijeras contra la disciplina.

Todos los edificios públicos y un gran número de casas particulares se hallaban también iluminados.

Boletín científico.

NUEVO PLANETA DESCUBIERTO POR M. HIND.

En 1781, el descubrimiento del planeta Urano, valió á Herschell la inmortalidad; en el día la indicación de estos astros

ha llegado á ser moda, y el antiguo Olimpo carece de nombres suficientes para los nuevos cuerpos celestes que reclaman tambien denominaciones mitológicas de los dioses y diosas de la antigüedad. Apenas se anunciaba en los periódicos el descubrimiento casi simultáneo de dos nuevos planetas telescópicos cuandos. se presenta con un astro nuevo el infatigable M. Hind, tan paciente y obstinado en sus pesquisas como un niño que busca nidos de pájaros. Ignoramos el nombre de este planeta, el séptimo que ha descubierto el astrónomo citado en el grupo de los asteroides situados entre Marte y Júpiter, pero no podemos menos de protestar, á pesar de nuestra oscuridad científica, contra la prosaica idea de algunos miembros de corporaciones doctas, que quisieran sustituir letras sacadas del alfabeto latino ó griego, ó secos números cardinales ú ordinales, á los nombres sonoros de los astros y constelaciones que halagan la imaginación y tantos recuerdos evocan. No admite duda que el número 27, el número 28, son tal vez preferibles como claridad y método; pero ¡qué ceguera! ¡qué desnudez hay en una ciencia tan bella que vive de luz en los espacios infinitos! ¿Acaso no es lo superfluo lo mas necesario?

Al tratarse de planetas, si por este nombre entendemos todos los cuerpos que giran al rededor del sol, es imposible negarse á admitir como tales todas esas bóldas, aerólitos, ó estrellas filantes que surcan los espacios celestes y parecen á primera vista pertenecer mas á la meteorología que á la ciencia astronómica. Lo reducido de la dimension en nada debe obstar, pues es verdad axiomática que nada hay que sea grande ó pequeño por sí mismo, y por otra parte sería empresa tan difícil como arbitraria el asignar límites á la dimension de los cuerpos que en torno del sol giran para poder merecer la calificación de planeta. Así es imposible negar este título á los átomos pulverulentos que se agitan en nuestro sistema astronómico. La objecion precedente de que estos cuerpos proceden sin órden en su movimiento sin gravitar en torno de un centro cualquiera, es meramente ilusoria si hemos de creer á M. Petit, sabio director del Observatorio de Tolosa, el cual se halla convencido que todos estos corpúsculos siguen trayectorias regulares, cuyos focos ocupan los principales cuerpos celestes. Así, segun los cálculos del señor Petit, un aerólito observado en el mes de abril en Tolosa y cercanías de esta ciudad, y cuyo volúmen no excedía al de la bóveda de Santa Genoveva, circuló al rededor del sol en una órbita elíptica como los demás miembros de nuestro sistema, si bien esta elipse trocóese en hipérbola por la aproximación á la tierra, á la cual se acercó el aerólito once kilómetros (algo mas de dos leguas). Otro de estos cuerpos que hemos visto hace una docena de años, desempeñaba un papel mucho mas importante segun el mismo astrónomo, pues era nada menos que un satélite de la tierra, circulando al rededor de nuestro globo con una velocidad de unos 300 kilómetros, (unas 75 leguas), en una órbita recorrida en dos horas y media. No quiere decir esto que tan singular satélite acompañase nuestro planeta desde el principio del mundo, y esa trayectoria podía ser de origen reciente, resultante de la atracción de nuestro globo combinada con la velocidad de la proyección del aerólito, cuando vino á pasar á poca distancia de la tierra. Tal vez, juntamente con este satélite tenemos muchos otros, si bien ninguno tan bello y brillante como la luna.

MOVIMIENTO DE LAS ESTRELLAS LLAMADAS FIJAS.

Generalmente consta, aun á las personas desprovistas de conocimientos científicos, que llámase *planetas* los cuerpos celestes que tienen un movimiento propio de traslación; se hallan á una distancia de nuestra tierra, por decirlo así, insignificante, aunque asombrosa segun nuestras ideas empíricas; emiten una luz lánguida y serena, y son mas ó menos modificables por el telescopio; mientras que se da el nombre de *estrellas fijas* á esos astros análogos á nuestro sol, á veces millones de millones de veces mayores, que arrastran probablemente un séquito mas ó menos considerable de planetas, y en los cuales, efecto de su mucha distancia, no tiene acción alguna el telescopio. Ahora bien la calificación de *fijas* procede tan solo de nuestra observacion imperfecta, que no acusa movimiento alguno aparente en las estrellas, observacion que de ningún modo corresponde al cálculo matemático. En efecto, la ciencia demuestra que las estrellas se hallan sometidas á movimientos propios, muy poco sensibles á la verdad á causa de la distancia inmensa, pero cuyo valor absoluto es de un órden muy superior al de los movimientos planetarios. Si se considera, por ejemplo, la estrella conocida bajo el nombre de 61 del Cisne, que citamos de intento porque es una de las pocas, cuya distancia á la tierra es conocida, distancia que es de 25.000.000.000 leguas, se ha reconocido que experimenta un desvío angular de unos 5 segundos, lo que, á la distancia á que se halla, equivale á unas 40.000.000.000.000 de leguas, y da 4.300.000 leguas por la distancia de un segundo de tiempo. Ahora bien, esta estrella es doble, y segun el uso, admítase en astronomía, que una de sus componentes gira al rededor de la otra describiendo una órbita elíptica, cuyo período es de 600 años. Pero héte aquí que el señor Faye declara á la Academia que el estudio del gran catálogo de Dorpat demuestra que no existe tal movimiento de revolucion, y que ambas estrellas han marchado siempre en línea recta. Esta noticia es de una importancia trascendental en astronomía.

APLICACION DEL NUEVO SISTEMA DE TELEGRAFÍA ELÉCTRICA.

En la última sesion de la Academia de ciencias, el señor Faye, precedentemente citado, ha presentado sobre este particular algunas observaciones de palpitante interés é importante actualidad.

«Independientemente, dice este sabio, del partido que será posible sacar de la realizacion de este proyecto para los estudios meteorológicos, la ejecución del sistema telegráfico será de la mayor utilidad para la determinacion de las longitudes.»

» Propongo, continua el señor Faye, el determinar por los procedimientos nuevos que reconoce la ciencia, no solamente las longitudes, sino las latitudes astronómicas, y comparárlas con las coordenadas geodésicas (medidas de la tierra) ya conocidas, con el fin de poner en relieve las irregularidades que afectan á la superficie de nuestro esferoide terrestre. Nuestros procedimientos actuales son tan perfectos, que un observador experto puede prometer, sin aventurarse en demasía, proseguir los centros y líneas de perturbacion local que han sido indicadas por esta primera observacion. A los geólogos toca el decir si hay interés en confrontar estas observaciones con sus mapas geológicos y sus círculos de comparacion, y buscar de este modo trazas perdidas en el espesor de la costra terrestre.

» ¿Qué necesidad tengo de indicar, añade el autor, que semejante empresa debe dar nuevo valor á nuestras vastas triangulaciones, sin aumentar considerablemente los gastos que ya han costado á nuestro país? Los que están al corriente de la trasformacion que se ha pasado en nuestros dias en la ciencia geodésica, pueden apreciar la importancia de mi proposicion para dar crédito á los trabajos ya hechos, trabajos que no volverán á tener lugar en ninguna parte del globo, á ménos que sea en un interés meramente científico.»

ABONOS AMONIACALES.

Uno de los principales problemas de economía rural, consiste en saber conservar los principios fertilizantes de los abonos, mientras que no son aplicados al sembrado. El estiércol deja desprender amoniaco que se pierde en la atmósfera, y cuando se le introduce en la tierra, solo le queda una parte de su virtud fecundante. ¿Qué medios hay de evitar la desperdicion de alcali, uno de cuyos elementos, el azoe, es el principio nutritivo por excelencia para las plantas, y sobre todo para los cereales? Los químicos aconsejan que se rieguen las materias orgánicas destinadas á formar los abonos con soluciones salinas, que trasforman el carbonato de amoniaco que es volátil en sales fijas, tales como sulfatos, nitratos y fosfatos amoniacales. De este modo el azoe se halla como almacenado, y se supone que se desprende en medida conveniente una vez que los abonos se hallan enterrados. Aserto es este á que no ha prestado fe ciega el señor Jacquemart, químico agrónomo, y deseoso de salir de la duda, ha procedido del modo siguiente: tomó por terreno de su observacion un campo homogéneo dividido en cuatro compartimentos iguales y sembrados todos de cereales de otoño y primavera. El primero se hallaba abonado con mantillo de estiércol muy fino, el segundo con amoniaco, el tercero con sulfato de la misma base, y el cuarto se hallaba desprovisto de toda clase de abono. Los productos comparativos de la cosecha demostraron una influencia benéfica igual en las dos primeras distribuciones, y resultados igualmente mezquinos en las dos segundas. Así, queda demostrado, segun el señor Jacquemart, que la acción de las sales amoniacales fijas en la vegetacion es nula. Pero hay algo peor, y es el regar el estiércol con sales amoniacales, operacion desastrosa, cuyo efecto es anodonar el alcali volátil, á lo ménos como efecto; así, la receta preconizada es destructiva de los abonos y debe producir una cosecha raquítica y sin facultad alimenticia, en vez de una cosecha pingüe y rica. Tales son las conclusiones del señor Jacquemart, conclusiones en oposicion completa con la de muchos sabios fidedignos, y que nos ceñimos á insertar, no permitiéndonos nuestras observaciones propias confirmar ó infirmar las expuestas.

EXPLORACION MARAVILLOSA DE LOS CIELOS POR UN TELESCOPIO COLOSAL.

Los periódicos ingleses afirman que el gigantesco telescopio fabricado por el señor Craig, corresponde á la esperanza general, y es infinitamente superior á todos los demás instrumentos análogos, sin exceptuar el de Herchell y el de lord Ross, bajo el doble aspecto de aparato de medida, y aparato propio á sondear las profundidades del espacio. Por la limpieza con que resuelve ó separa en astros distintos las masas de luz mas diminutas y refractarias á toda descomposicion, se puede decir que ha realizado ya verdaderos prodigios. No solo trasforma la via Láctea en conjuntos de estrellas contiguas y separados entra sí, sino que descompone cada conjunto en constelaciones regulares que ofrecen grupos análogos á los de Orion, la Osa mayor, y otros que observamos en el espacio estrellado; y, lo que es mas, nos manifiesta estos mismos grupos ó constelaciones, engalanados con los mas vistosos colores. El objetivo y ocular del nuevo telescopio, son tan puros y acromáticos, que Saturno se presenta enteramente blanco como la plata. El célebre astrónomo americano M. Bond habia anunciado que creía ver un tercer anillo al rededor del planeta el cual en vano procuró divisar el profesor Challis con el famoso telescopio de Northumberland, y que tampoco permitió ver el magnífico instrumento de lord Ross. El nuevo telescopio ha disipado todas dudas, mostrando del modo mas perfecto este tercer anillo, de un color gris brillante; y al mismo tiempo ha demostrado que el anillo de Saturno no es en realidad, como tiende á acreditar su nombre, un anillo ó círculo continuo de luz, sino una masa compuesta realmente de arcos superpuestos, afectando una forma geométrica perfecta, de desigual espesor, y no acanalados; en otros términos, el famoso anillo de Saturno se compone de varios anillos concéntricos.

Con este mismo telescopio, la luna presenta un magnífico espectáculo: el astro se muestra completamente incoloro, y, con tanta pureza y precision se ven dibujados en el espacio sus montes y peñascos gigantes, que nada es mas fácil que dibujarlos. Aseguran los astrónomos ingleses que si hubiese en la luna un edificio del tamaño y forma de la abadía de Westminster, se presentaría claro y distinto al telescopio en una noche serena.

El hecho siguiente da aun mayor idea de la fuerza y penetracion del nuevo instrumento. Apenas se halló este en estado de uso, cuando se le dirigió á una pequeña masa luminosa notada en una de las constelaciones, si bien invisible para los mejores instrumentos, aunque conste perfectamente su lugar en el cielo, y nade en el seno de un espacio completamente vacío. Ahora bien, el telescopio del señor Craig, no solo ha conseguido descubrir del modo mas claro estos lineamientos luminosos, objeto de prueba inaccesible, sino los trasformó en una estrella doble muy brillante.

Desde que se hallará enteramente instalado, se le dirigirá á Venus para averiguar de un modo definitivo la existencia ó no existencia de los satélites de este planeta.

Historia de la semana.

Suavidad del invierno. — Furor por los juegos de Bolsa. — Venida del papa Pio IX. — Retiro de la vida política de algunas celebridades parlamentarias. — Refutación de la obra de mistress Stowe. — Mania de autógrafos. — Cigarros de té. — Luisa Miller.

La benignidad de la estacion es el tema general de todas las conversaciones, y los Nestores de la capital, de acuerdo con las tablas termométricas archivadas en el Observatorio astronómico, declaran que el invierno presente es, hasta la actualidad, el ménos riguroso del siglo. Los venturosos habitantes de las regiones tropicales, cuyo clima es una prima-

vera perpetua, y para quienes la naturaleza se muestra tan pródiga de rayos, colores y perfumes, no comprenden la lóbrega desnudez, el horror cadavérico de esta parte del año en los países setentrionales de la helada y nebulosa Europa. Para la mayor parte de los habitantes de Paris, el invierno es el lodo, la nieve, el yelo, la niebla, un día efímero y crepuscular, un cielo de plomo, los resfriados, los reumatismos, las manos heladas, la nariz roja, etc., etc. Para la clase opulenta, el invierno representa las alfombras mullidas, las chimeneas brilladoras, los banquetes opíparos, el ponche llameante, las tertulias, los conciertos, los teatros, los bailes; placeres todos tanto mas halagüeños, cuanto que contrastan con los que disfrutaron en el campo, caza y viajes durante la estacion transcurrida de verano, y los dispone á saborear estos mismos goces con mas ansia y nueva virginidad.

— La lectura de los periódicos es en general insípida, y, como la reaccion es siempre igual á la acción, una calma apática, un estado de postracion general ha sucedido á las ruidosas disputas y á la esgrima cotidiana de la prensa durante los tres primeros años de la República. Mas, como es necesario un pábulo ó la febril agitacion de los franceses, la *agiotatria* — si es permitido este neologismo — invade todas las clases, y se habla de bolsa con el mismo furor que de política despues de febrero, y de teología hace tres siglos en Inglaterra y Alemania. Todos doblan la rodilla ante el dios Mercurio, el cual, segun la mitología, era protector del comercio y de los ladrones.

Lo mas lastimoso es que la gangrena se comunica al bello sexo, hasta el presente fiel depositario de la parte noble, tierna y efusiva de la humanidad. Hay en Paris mas de una Danae añeja, que, desesperando de ser visitada por Júpiter bajo la forma de lluvia de oro, va á buscarlo ávida en las oscilaciones de la Bolsa, y piensa ponerse pantalones para poder impune alternar con los pontífices y sacerdotes del culto del becerro de oro en cuyas aras quema incienso todo Israel. — Mujer codiciosa, ente sin sexo, dice un proverbio turco.

— Asegúrase que Pio IX vendrá á Paris á principios de la próxima primavera para consagrar al nuevo Emperador. Otros desmienten esta noticia, diciendo que el bautismo popular basta y sobra para el electo de la Francia, y de ahí parten para declarar contra la hidra de la anarquía, las pasiones incendiarias, los ardides subterráneos de los demagogos, etc., etc.

— El movimiento del 2 de diciembre ha determinado desmoronamientos, abierto nuevos horizontes, y cambiado completamente la faz del terreno político. Muchas celebridades se han apartado para siempre de la vida parlamentaria. M. Thiers ha renunciado á Satanás y á sus obras. Tal personaje, retirado en sus tierras, quemado por el sol y en sayo rústico, se entrega al cultivo de la hortaliza como Dioclesiano en Salónica; y hay quien se ocupa de relojería como Carlos V, coincidencia tanto mas notable cuanto que, como el gran emperador, este último personaje adolece de frecuentes insultos de gote.

— La fama de la novela de mistress Beccher Stowe cunde y se consolida cada vez mas. En estos últimos tiempos, no hay tal vez obra que mas universalmente haya sido hojeada. En Inglaterra sobre todo el interés por los negros envuelve á toda la nacion, que prepara una cruzada general en favor de la clase esclava, ó Israel se levanta como un hombre solo. Si continúa el entusiasmo, los negros formarán una nueva aristocracia, como las gentes de blusa despues de febrero. Todo esto no cuadra á los Estados meridionales de la Union Americana, y así no es de extrañar que haya salido á luz en Filadelfia una refutacion de la obra de mistress Stowe, bajo el título de *Aunt Phillis's Cabin, or Southern life as it is*, por mistress Eastman. Esta señora sigue paso á paso mistress Stowe que se esfuerza en refutar, oponiendo escenas amenas y risueñas á los episodios terribles que con tan superior maestría reproduce el vigoroso pincel de mistress Stowe. Así, segun mistress Eastman, el negro vive contento, gozoso, ebrio de amor por sus amos que lo idolatran, lleno de comodidades, en un idilio continuo, inundado de gozo. En vez de los cuadros horribles y misterios de crueldad refinada á que nos inicia el autor abolicionista, mistress Eastman nos ofrece pinturas halagüeñas, reuniones de familias negras dichosas y apacibles en que nada falta, en que humea el te, arde el carbon de piedra en la chimenea, con muebles brillantes á fuerza de aseo; y al mismo tiempo amos cuyo solo defecto es ser excesivamente indulgentes, negros que á cada momento citan la Biblia tan grotescamente como los Puritanos de M. Scott, negras hacendosas y recatadas, negrillos traviesos y robustos, etc.

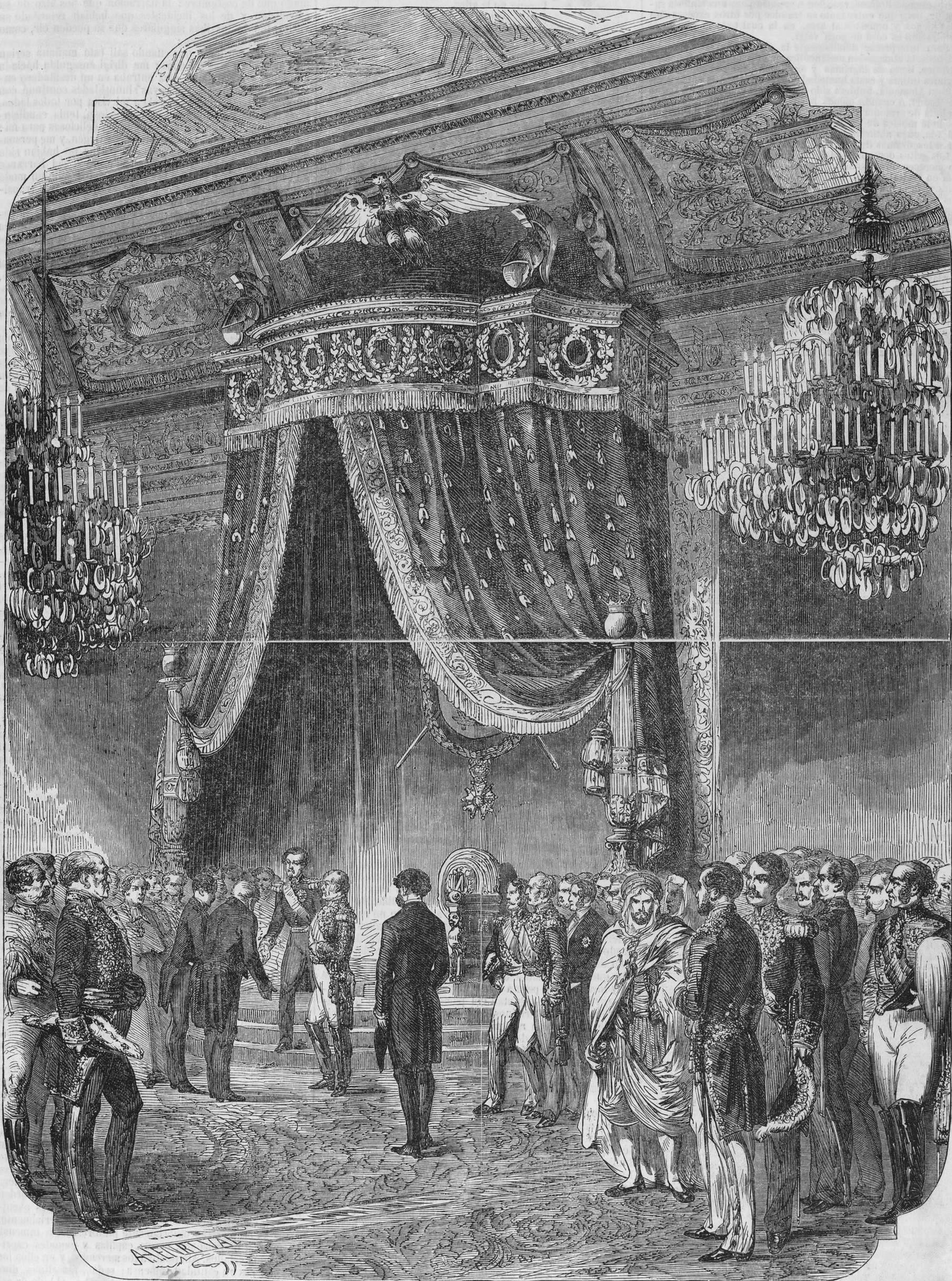
Una manía antigua parece haber resucitado en la capital de la Francia, y cunde con increíble rapidez por esos contagios epidémicos que se observan en esta capital; y es la manía de los autógrafos, la mas fofa, vana y pueril de todas las ilusiones humanas. Hay personas que se engañan con uno ó varios papelucho amarillentos, sucios, escritos con una tinta pálida que parece decoccion de tabaco, pensando que fueron escritos por lord Byron, Goethe y Voltaire. Podríamos citar ejemplos de credulidad fabulosa en esta materia, que explican la poca maña de los que explotan este ramo de industria. Así, dias pasados oíamos hablar de un sugeto muy rico que habia pagado á un precio exorbitante una carta autógrafa del caballero Bayard, que probablemente nunca supo leer ni escribir; y un inglés, amigo nuestro mas entusiasta que erudito, se jactaba hace poco en nuestra presencia de haber comprado tan solo por 50 francos una carta del ínclito capitán Francisco Pizarro, que descubrió y conquistó el Perú, ignorando que tan insignie caudillo nunca supo firmar su nombre ni leer el menor renglon.

— Un amigo nuestro que ha llegado hace poco de San Petersburgo nos ha asegurado que los elegantes rusos han imaginado el fumar el té verde en lugar de tabaco, sobre todo bajo la forma de cigarros de papel, y que este uso se ha generalizado en términos que no hay despacho de tabaco en que no se vendan los nuevos cigarros. Mas es probable que esta moda será pasajera como la del hachich en Paris hace algunos años.

— El gran acontecimiento de la semana es la representacion de la nueva ópera del maestro estrepitoso Verdi, Luisa Miller, cuyo argumento deriva de un hermoso drama de Schiller, intitulado *Cabale und Liebe*, ha sido acogida con el mayor entusiasmo en el teatro italiano. Los inteligentes no cesan de encarecer el sentimiento dramático, el vigor, la variedad rítmica, la pasion fogosa del compositor italiano, cuyo mérito en nuestro concepto estriba únicamente en su originalidad extravagante, ó, si quiere extravagancia original en su indigencia melodiosa y abuso del método científico tan apreciado por los pedantes envidiosos que imponen su opinion en letras de molde á todo necio que quiere emitir de memoria un dictámen en arte; y al



Entrada del Emperador en Paris por el Arco de triunfo de la barrera de la Estrella.



Recepcion en la sala del Trono de las Tullerías.

BEST.H.C.^{IE}

mismo tiempo á la reaccion que se verifica contra los abusos de la escuela italiana, reaccion necesaria para una síntesis superior, pero que entre tanto se traduce por otros excesos aun mas ajenos y opuestos al arte, en la cual todo lo que no es inspiracion es cosa de poca valia.

Para interpretar debidamente la elevada pureza de sentimientos, la abnegacion melancólica que distinguen el drama de Schiller, lleno de lágrimas y suspiros, é impregnado de esa ternura íntima y casta humedad que caracterizan la rubia y vaporosa Alemania, hubiera sido necesario el genio dulce y tierno de Mozart, ó cuando ménos la suavidad de Bellini, á pesar de su falta de armonia y poca latitud de inspiracion; y de ningun modo la música de Verdi, tan metálicamente ruidosa, tan complicada, cuya naturaleza sensual y agreste se acomodaria mejor á los dramas de Victor Hugo.

Los gritos descompasados con que habla de su amor Luisa, no merecen otra respuesta sino la que da á Elvira el bey Mustafá en la Italiana en Algieri: *Caro mi hai rotto il timpano*; pues para la música de Verdi lo que es indispensable son buenos pulmones, y á pesar de esto, á cada momento temen los espectadores que la ruptura de una arteria determine una hemorragia incurable.

— La nueva pieza del infatigable Auber ha logrado tambien una acogida brillante. El drama escrito, ó *les paroles*, como dicen por acá, advirtiéndome que en Francia la parte verbal no es cosa insignificante como en Italia; es obra de M. Scribe, un verdadero fuego en la literatura francesa, que entretiene el mal gusto general, y en vez de elevar el vulgo, ó el público, si se quiere, á la altura del arte, baja el arte al nivel de la muchedumbre. Por lo que toca á la música, que es la cuestion principal, ó por mejor decir, la única en esta materia, abunda la nueva ópera, como las demás del autor, en melodías fáciles, y brillantes, de aquellas que gustan al público de todos los países, que si no llegan al alma halagan admirablemente el oido.

Letrilla.

Luisa, siendo á posta
Mas rica que casta,
Y aunque triunfa y gasta
Del amante á costa,
Jura que ni pizca
Toma del querido,
Y en mirar torcido
Dice que no es vizca.

Pero yo pregunto:
¿La manteca, es unto?

Es doncella hermosa
La de don Facundo,
Y aunque dice el mundo
Que hay alguna cosa;...
Siempre él me ha querido
Persuadir, taimado,
De que no es casado
Porque no es marido.

Pero yo pregunto:
¿La manteca, es unto?

Pepa, luz del cielo,
La del Rastro aborto,
Con refajo corto
Y ancho terciopelo;
Convencerme anhela;
Ruede ó no la bola,
De que no es *manola*...
Porque no es Manuela.

Pero yo pregunto:
¿La manteca, es unto?

Pedro el de Algeciras
Es todo un portento,
Pues cada momento
Sopla mil mentiras.
Y pretende fiero,
Con silvestre modo,
Que le llamen... todo
Ménos embustero.

Pero yo pregunto:
¿La manteca, es unto?

La melosa Blasa
De ojos rutilantes,
Pródiga en amantes
Y en amor escasa;
La que á ciento espeta
Que por cien se muere;
Persuadirnos quiere
De que no es... coqueta.

Pero yo pregunto:
¿La manteca, es unto?

Todos de mil modos
Faltas cometemos,
Y pasar queremos
Por modelos todos.

Si del mundo el eco,
Porque no le atice,
Malicioso dice
Que tambien yo peço;
Ya varió el asunto,
Ya nada pregunto,
Y respondo al punto:
La manteca es unto.

DON EMILIO.

Una aventura en las montañas Rocheuses.

Hacia fines del año de 1827, cuando yo residia cerca de Charlottesville en Virginia, hice por casualidad el conocimiento del señor Augusto Bedloe, jóven caballero, notable bajo todos conceptos y que excitaba en mi curiosidad é interés, juzgando imposible darme razon de su estado físico y moral. ¿De dónde venia? no lo supe jamás bien. Con respecto á su edad, si bien le he calificado de jóven, notaba en él algo que no podia explicarme, á pesar de que hablaba siempre como si lo fuera, mas habia momentos en que se le habria podido considerar anciano de un siglo. Pero sobre todo en su apariencia y físico ofrecia un aspecto completamente extraño: era alto en extremo, muy delgado y corvado: sus miembros de una longitud y extenuacion poco comunes; su frente estrecha y de sien á sien, ancha; su complexion sanguinea; su boca grande y flexible, y su dentadura, aunque sana, era la mas irregular de cuantas he visto en boca de hombre; pero no obstante su sonrisa no era desagradable, como se podia suponer de semejante conjunto, mas carecia de accidentes é inflexiones; una profunda y monotonía melancólica y una tristeza sin alteraciones; sus ojos eran de una anchura extraordinaria y redondos como los del gato; sus pupilas experimentaban una contraccion y dilatacion que alternaban en razon de que la luz aumentaba ó disminuía, exactamente como sucede en algunas especies de animales: en los momentos que se exaltaba, las niñas adquirian un brillo inexplicable, y parecia que arrojaban rayos luminosos no reflejados é interiores como sucede con el sol ó una lámpara; pero habitualmente eran vaporosas, veladas y adormecidas como si pertenecieran á un cuerpo muerto de muchos dias.

Estas particularidades personales parecian que le causaban algun fastidio, y lo daba á entender de continuo en un estilo medio explicativo ó justificativo, que me hizo una penosa impresion la primera vez que le vi; pero me fuí poco á poco acostumbrando, y mi prevencion se disipó. Parecia querer dar á entender, ó mas bien persuadir, que no habia sido siempre como era entónces, y que una serie prolongada de nebralgia habian marchitado su hermosura, poco comun, y trasformádole como yo le veía. — Hacia varios años que le asistia un médico llamado Templeton, viejo de sesenta y mas años, que conoció en Saratoga, y de cuya experiencia sacó ó creyó sacar un buen beneficio. El resultado fué que Bedloe, que era rico, hizo un arreglo con el doctor Templeton, en virtud del cual este le asistiria exclusivamente por una suma anual.

El doctor Templeton habia viajado durante su juventud, y en Paris se hizo uno de los prosélitos de Mesmer; así es que todos los remedios que habia aplicado á su enfermo eran magnéticos, y como este experimentara alivio en sus dolores agudos, habia inspirado en él, hasta cierto punto, confianza en su sistema. Pero el doctor, como todos los entusiastas, se habia propuesto obstinadamente hacer de su pupilo un completo prosélito de su sistema, y lo consiguió tanto, que al fin le indujo á que se sometiese á una serie de experiencias: reiteradas con frecuencia, produjeron un resultado que, por ser ahora muy comun, llama poco la atencion, mas que en el tiempo de que hablo era muy raro en América. El doctor y su enfermo habian establecido entre sí una relacion magnética muy marcada; pero no es mi intencion dar á entender que esta pasase los límites de la potencia somnifera, mas sin embargo habia llegado á un grado de bastante intensidad. La primera prueba del discípulo de Mesmer para producir en el suyo el sueño magnético quedó sin resultado; á la quinta, á la sexta, esto fué muy incompleto; pero á la duodécima el triunfo fué completo, y despues la voluntad del paciente sucumbió completamente, en tales términos, que cuando yo hice su conocimiento, el sueño se realizaba casi instantáneamente por la simple voluntad del doctor, hasta cuando el enfermo ignoraba su presencia, ó que estuviese inmediato. Solo ahora, en el año de 1845, en que estos milagros se ven comprobados con miles de ejemplos, me atrevo á referir esta aparente imposibilidad como un problema completamente resuelto.

La complexion de Bedloe era en extremo nerviosa, excitable y entusiasta; su imaginacion volcánica y fecunda, y sin duda adquiria mayor energía por el uso del opio que tomaba habitualmente en mucha cantidad, y sin el cual le hubiera sido imposible existir. Acostumbraba á tomar una fuerte dosis todas las mañanas encima del almuerzo, y mejor diré, despues de una taza de café muy fuerte, porque nada comia por la mañana, y en seguida se marchaba solo, acompañado de un perro, á dar un largo paseo en las montañas y lúgubres alturas que hay al oeste y sur de Charlottesville, llamadas aquí montañas *Rocheuses*.

Un dia sombrío, nebuloso y caliente de los últimos de noviembre, y durante el *interregno* de las estaciones que llamamos en América *el verano indiano*, salió Bedloe para la montaña, segun su costumbre, pero llegó la noche sin que pareciera.

Eran cerca de las ocho, y cuando inquietos por su ausencia nos disponiamos á ir á buscarle, entró repentina-

mente en casa, ni mejor ni peor de salud, pero mas animado que de costumbre: la narracion que nos hizo de su expedicion y de los incidentes que habian retardado su vuelta, fué de los mas singulares que se pueden oír, como se verá por lo que sigue:

Ustedes recordarán que cuando salí esta mañana serian las nueve poco mas ó ménos: me dirigí en seguida hácia la montaña, y á eso de las diez entraba en un desfiladero enteramente nuevo para mí, cuyas sinuosidades continué con interés. El teatro que se ofrecia á mi vista por todos lados, si no merecia ser calificado como delicioso, tenia condiciones inexplicables de lúgubre desolacion, deliciosas para mí: aquella soledad parecia completamente virgen, y me persuadia que los céspedes y los riscos que pisaba no habian sido pisados jamás por piés humanos: la entrada del barranco está tan oculta, y de hecho inaccesible, que de ningun modo era imposible que yo fuese el primer aventurero que transitaba por él y penetraba en aquellas soledades.

La niebla ó humo que caracteriza particularmente el verano indiano, que se extendia sobre los objetos, confundia las impresiones vagas que ellos producian en mí, y era tan densa aquella niebla poética, que me era imposible ver los que estaban á diez pasos de mí. El camino era sinuoso en extremo, y como el sol no se distinguia por ningun lado, perdi toda idea de la direccion en que marchaba; no obstante el opio habia producido su efecto acostumbrado de rodear de un interés mágico todo lo que se ofrece á la vista.

En la ondulacion de una hoja, en el color de un tallo, en la forma de una flor, en el zumbido de las abejas, en el brillo de una gota de rocío, en el silvido del aire, en los olores vagos que venian del bosque, en todo se manifestaba un universo de inspiraciones, una serie magnífica y sin fin de ideas desordenadas y usurpadas.

Aborto en estas ilusiones, caminé por varias horas; pero la niebla era tan densa, que me vi obligado á seguir mi camino á tientas, y en aquel instante se emparó de mí el desaliento, una duda, un temblor nervioso. Temia adelantarme, caer en alguna sima, y recordaba las historias singulares que se cuentan de esas montañas y de los hombres extraños y salvajes que habitan en sus cuevas: mil ideas inciertas se atropellaban para confundirme mas; pero cambiaron instantáneamente al oír, no lejos de mí, el redoble de un tambor.

Mi estupor fué extremo, porque un tambor en aquellas montañas era cosa extraordinaria, y no me hubiera sorprendido mas la trompeta del Arcángel; pero un nuevo motivo de zozobra é interés me causó una nueva admiracion. Oí acercarse un zumbido y un ruido como el que resulta del movimiento de un manojo de llaves grandes, y al instante un hombre bronceado, casi desnudo, pasó gritando por delante de mí, y tan cerca, que sentí en mi rostro el calor de su respiracion; llevaba en una mano una especie de instrumento ó arma, compuesta de muchas argollas de hierro, y lo sacudia vigorosamente. No bien se habia ocultado en la niebla, que aparece en su persecucion una enorme fiera, anhelante, con la boca abierta y los ojos centelleantes; no podia equivocarme con respecto á su especie: era una hiena.

La vista de este monstruo lejos de aumentar mi terror, me sirvió de alivio, porque en aquel momento estaba convencido de que soñaba, y me esforzaba y hacia todo cuanto hacer podia para despertarme y darme cuenta de mi mismo: marché adelante: me resfregué los ojos; di gritos fuertes; me pellizqué en varias partes. En esto vi delante de mí un manantial, y me lavé en él las manos, la cabeza y la cara, y esto me pareció disipar las fantásticas ilusiones que me habian atormentado hasta entónces: al levantarme creí ser otro hombre, y continué con brio y satisfaccion mi camino desconocido.

A fuerza de tanto andar y cansado ya, no solo por el ejercicio, sino por la pesadez de la atmósfera, me senté al pié de un árbol, y vi un débil rayo de sol que dibujó en el suelo la sombra de las hojas del árbol. Consideré durante algunos minutos aquella sombra con admiracion; su forma me llenó de estupor; levanté los ojos, y conocí que el árbol era una palmera.

Me levanté precipitadamente, y en un estado de agitacion imponderable, porque la idea de que soñaba no me bastaba. Vi y me persuadí que estaba en completa posesion de mis cinco sentidos, que ofrecian á mi alma un mundo entero de sensaciones nuevas y singulares. El calor se hizo intolerable, y un olor extraño impregnaba el ambiente. Un murmullo profundo y continuado que se transmitió como el que produce un rio caudaloso, llegó á herir mis oidos, mezclado con el afecto que resulta de una multitud de voces humanas.

Mientras escuchaba con el asombro que es inútil describir, una breve pero fuerte ráfaga de aire disipó, como por encanto, la niebla que cubria la tierra. Encontrábame al pié de una elevada montaña, y dominando una vastísima llanura, que atravesaba un majestuoso rio, á cuya orilla se veía una ciudad de aspecto oriental, semejante á las que nos describen los cuentos árabes, pero mas singular aun que las que en ellos se pintan. Desde el punto que yo ocupaba, muy elevado sobre el nivel del pueblo, podia ver todas sus vueltas y revueltas, y ángulos, como si estuviera dibujada: las calles eran infinitas y se cruzaban sin orden en todos sentidos, pareciendo mas bien prolongadas avenidas en las cuales los habitantes pululaban materialmente. Las casas eran extraordinariamente pintorescas, é inmensa la profusion de balcones, torres, capillas y pagodes caprichosamente calados. Abundaban los mercados, y en ellos los ricos géneros en cantidad inmensa; sedas, muselinas, diamantes, joyas y cuchillería que deslumbraba. Al lado de estas cosas se veían banderas, banderolas, lanzas, mazas doradas y plateadas, palanquines y literas ocupadas por damas elegantes y con velos, elefantes riquísimamente enjae-

zados, tambores é ídolos de una escultura grotesca. En medio de tanta multitud y tanto clamoreo, el tropel de la confusión de un millon de hombres negros y amarillos, con turbante y togas, circulaba, cosa extraña, un número infinito de bueyes con cintillas benditas, al paso que vastas legiones de monos asquerosos y sagrados trepaban chillando por las cornisas de las mosqueras, ó se suspendían y pendeaban en las torres y los pagodes. Conducían á los muelles muchas calles que hormigucaban de habitantes, y millares de escaleras conducían á los baños, mientras el río parecía comprimido por el crecido número de buques ricamente cargados que cubrían su superficie en todas direcciones. Fuera de las murallas de la ciudad se descubrían numerosos grupos de palmeras, cocos y otros árboles de edad vestusta, aquí y allá un arrozal, la choza del labrador, una fuente, un templo retirado ó una moza solitaria con su cántaro, dirigiendo sus pasos hacia la orilla del espacioso río.

Diréis sin duda que yo soñaba; pero no, de ningún modo. Lo que yo veía, lo que oía, lo que experimentaba, lo que pensaba, nada tenía de la idiosincrasia inapreciable del sueño. Todo era consiguiente y lógico rigurosamente. Primeramente, dudando si estaba en realidad despierto, empecé una serie de experiencias que me convencieron que lo estaba positivamente. Cuando alguno sueña y en el sueño sospecha que sueña, está no deja de confirmarse, y el dormiente se despierta casi inmediatamente. Por esto Novalis no se equivocó asegurando que *nosotros estamos próximos á despertarnos cuando soñamos que soñamos*. Si la vision hubiera tenido lugar como la describo, sin que hubiese sospechado que era un sueño, habría podido ser puramente un sueño; pero sucediendo como lo digo y sospechado, y comprobada como lo fué, me veo forzado á clasificarla en el número de otros fenómenos.

— En eso no afirmaré que no tenga usted razón, dijo el doctor Templeton, y añadió: mas continuemos; usted se levantó y bajó á la ciudad.

— Me levanté, continuó Bedloe, mirando al doctor con aire de sorpresa: me levanté, como usted dice, y bajé á la ciudad, y en el camino me encontré en medio de una plebe inmensa que se agolpaba en cada encrucijada, encaminándose toda ella hacia el mismo punto, y manifestando en su actitud la mayor agitación. Instantáneamente me sentí, ignoro por cual influencia, profundamente poseído de un interés en lo que iba á suceder. Creía que debía representar un papel importante, pero sin comprender con exactitud cuál. Experimentaba alguna vez una profunda animosidad contra la muchedumbre que me rodeaba. Me sustraje y prontamente, por un camino circular llegué al pueblo, y entré en él, en medio de un tumulto espantoso y del desorden mas violento. Un destacamento uniforme, la mitad á la india y los demás á la europea, mandados por un caballero inglés, sostenía un combate desigual contra el populacho que llegaba en todas direcciones. Me reuní á esta débil fuerza, y apoderándome de la espada de un oficial muerto, la esgrimí con el furor nervioso de la desesperación, pero no sé contra quién. Muy luego fuimos arrollados por la muchedumbre, y obligados á guarecernos en una especie de pabellon, en el que nos atrincheramos, evitando por el momento los ataques del enemigo. Subí á lo alto del pabellon, y por una tronera vi un inmenso gentío, en una exaltación furiosa, sitiando y asaltando un magnífico palacio que dominaba el río, y descolgarse por una de sus ventanas superiores un personaje de fisonomía mujeril, valido de una cuerda formada de los turbantes de sus criados, y que se guarecía en un bote que le llevó á la orilla opuesta.

En aquel mismo momento un nuevo objeto invadió mi alma. Dirigió la palabra, veloz y acalorada, á mis compañeros, y habiendo conseguido que algunos entrasen en mi proyecto, hice una salida arriesgada y furiosa, y nos arrojamos con singular violencia sobre los que cercaban el pabellon, que huyeron; pero se rehicieron y pelearon con brávara, y se retiraron otra vez. Con el ardor del combate, y la persecucion, nos habíamos alejado del pabellon, y nos hallábamos sumamente comprometidos en la estrechura de calles en las cuales jamás había penetrado un rayo de sol: el populacho nos cargaba impetuosamente, nos hostigaba con sus lanzas y nos acibillaba con sus flechas, por cierto muy notables y parecidas algo á las varas retorcidas de los malayos: su movimiento asemejaba al de una serpiente cuando anda; eran largas y negras, y su punta estaba envenenada: una de las tantas que tiraban me dió en la sien derecha: di paspiés, vacilé y caí: un mal instantáneo y terrible se apoderó de mí: mi agitación fué extrema: me esforcé para respirar y morí.

— ¿Usted se obstina aun, dije á Bedloe sonriendo, en sostener que toda su aventura no es mas que una pesadilla... ó está usted resuelto á probar que está muerto?

Dicho esto me prometía alguna ocurrencia feliz de Bedloe, pero con gran sorpresa mia, se limitó la respuesta á dudar, temblar, cambiar de color y callar. Miré entonces á Templeton y le vi de pie sobre su silla, rechinando sus dientes y saliéndosele los ojos de sus órbitas.

— Continúe usted; dijo al fin con voz ronca á Bedloe.

— Durante algunos minutos, prosiguió este, mi única sensación, mi única impresion fué la de no existir y la convicción de la muerte, y por fin me pareció que una conmoción instantánea como la chispa eléctrica embargaba mi alma, y á ella se siguió readquirir la elasticidad, y la luz que sentí sin verla. En un instante me pareció que me elevaba sobre la tierra, mas sin tener existencia corporal, visible, auditiva ni palpable. La multitud había desaparecido; el tumulto había cesado: la ciudad estaba tranquila comparativamente: mas arriba de mí yacia mi cuerpo con la flecha en mi sien, y la cabeza estaba hinchada extraordinariamente y desfigurada: todas estas cosas las sentí, pero no las ví, y ninguna me interesó, mi mismo cuerpo me pareció un objeto que no tenía relacion alguna conmigo. Ca-

recia de toda voluntad; pero me parecía que me ponía en movimiento y que iba por el aire á salir de la ciudad por el mismo punto que había entrado. Cuando llegué en la montaña al sitio del barranco en que había encontrado la tierra, experimenté una conmoción parecida á la que produce una batería galvánica, y readquirí el conocimiento de la gravedad, de la voluntad y de la materia; volví á ser el mismo, completamente el mismo, y dirigí velozmente mis pasos hacia casa, sin que lo sucedido hubiera perdido en mí el carácter de la realidad; y en este mismo momento no puedo reducir mi entendimiento á que considere todo esto ni un solo instante, como un puro sueño.

— No lo era en efecto, dijo Templeton con tono magistral; pero sería difícil encontrar otra expresion que explicase mejor el caso. Supongamos que la mano del hombre moderno toca la linde que le separa de algunos prodigiosos descubrimientos físicos, y contentémonos de esta situación; y por lo demás tengo algunas explicaciones que dar acerca de lo ocurrido. Hé aquí una pintura á la aguada, que hubiera enseñado á ustedes hace mucho tiempo, si un testimonio de horror no me lo hubiese impedido hasta ahora.

Miramos la pintura que nos enseñaba, y yo nada de extraordinario encontré en ella; pero en Bedloe produjo un efecto prodigioso, porque apenas la había mirado que se conmovió en tales términos, que estuvo á punto de desmayarse. La pintura no era otra cosa sino un retrato de miniatura, admirablemente bien concluido, del mismo Bedloe, con su fisonomía completamente original, y por lo ménos tal me pareció cuando lo miré.

— Ven ustedes la fecha de esa pintura, dijo Templeton... ahí está... apenas se distingue... en esa esquina... 1780... En aquel año fué pintado este retrato. Es la fisonomía de un amigo difunto... un señor Oldeb, con quien tuve íntima amistad en Calcuta, durante el gobierno de Warren-Hasting; entonces tenía yo veintidos años. Cuando vi á usted por primera vez en Saratoga, señor Bedloe, su maravillosa semejanza con este retrato me decidió á hacer su amistad y el arreglo que ha hecho de mí su compañero perpetuo. Además, para obrar así, me vi forzado, acaso principalmente, por la memoria amarga de mi difunto amigo, y bajo otro aspecto por una curiosidad penosa y no exenta de algun terror, con respecto á usted.

— En la narracion de la vision que se presentó á usted en la montaña, ha hecho usted la descripción mas detallada de la ciudad de Benarès en la India: las reuniones, los combates, la matanza fueron los hechos principales de la insurreccion de Cheyte-Sing, que se apoderó de ella cuando Hasting corrió los mayores peligros para salvar su vida. El hombre que se descolgó por la cuerda hecha con los turbantes era el mismo Cheyte-Sing. El destacamento se componía de *cipayos* y de oficiales ingleses, á cuya cabeza iba Hasting y yo formaba parte de aquella tropa, é hice los mayores esfuerzos para impedir la imprudente y fatal salida de un oficial que murió en las calles de una flecha envenenada que disparó un bengali: este oficial era Oldeb, mi amigo mas querido. Ustedes verán en ese manuscrito (enseñando un libro de memoria en el que había algunas páginas que parecían recientemente escritas) que al mismo tiempo que usted *pensaba* esas cosas en medio de la montaña, yo estaba ocupado en *escribirlas* aquí en este papel.

Una semana despues de esta conversacion apareció en un diario de Charlotteville el artículo siguiente:

« Nos hacemos un deber de anunciar el fallecimiento de M. Augusto Bedlo, un caballero inglés, cuyos modales y sus muchas virtudes habían hecho muy apreciable á los habitantes de Charlotteville.

» M. Bedloe padecía, de algunos años á esta parte, de una nebralgia que en varias ocasiones se presentaba bajo tristes condiciones, mas no debe considerarse sino como causa indirecta de su muerte. La inmediata fué de un carácter particular y especial: En una excursion que hizo hace algunos dias á las montañas *Rocheuses* contrajo un resfriado con calentura, á lo que se siguió una alteracion extraordinaria en el sistema sanguíneo, y para corregirla acudió el doctor Templeton á la sangría y á la aplicacion de sanguijuelas en las sienes, y el enfermo sucumbió en cortísimo tiempo. Se observó despues que en la vasija que contenía las sanguijuelas se había introducido una de las vermiculares venenosas, que se encuentran algunas veces en los estanques. Este animalejo se fijó por sí mismo en una pequeña vena de la sien derecha. Su mucha semejanza con la sanguijuela quirurgical, fué la razon porque la equivocacion se conoció demasiado tarde.

» Obsérvese que la sanguijuela venenosa de Charlotteville puede distinguirse siempre de la quirurgical por su negrura, y particularmente por sus movimientos vermiculosos que se parecen mucho al culebreo de las serpientes.

Hablaba yo con el editor del diario citado sobre este incidente sensible y me ocurrió preguntarle porque al difunto se le había dado el nombre de Bedlo. Presumo, añadió, que usted tiene alguna autoridad para publicarlo así: yo había creído que el apellido debía escribirse con una *e* final.

— ¿Autoridad? no, me respondió él. Es sencillamente un yerro de imprenta: el apellido es Bedlo con una *e*, y todo el mundo le conoce, y por mi parte jamás lo vi escrito de otro modo.

Así, pues, murmuré en mis adentros al volver la espalda, sucedería que una realidad sería mas extraña que una ficcion: — Porque Bedlo sin *e* no quiere decir ni mas ni ménos que Oldeb invertido. — ¡Y este hombre me dice que es una falta tipográfica!

Traducción d'Edgard Poe, por CARLOS BAUDELAIRE.

Lord Wellington y el duque de Bailen.

El pasado año de 1852 ha sido sin duda fecundo en acontecimientos notables, y entre ellos debemos contar la muerte de los dos hombres que por la antigüedad é importancia de sus servicios habían llegado á ser cada cual el simbolo de las glorias militares, la personificación del ejército en su patria. Hablamos de los dos duques de Bailen y de Wellington, veteranos insignes cuyos nombres llevan en sí la apología de sus victorias, mereciendo juntamente con el amor de sus contemporáneos el respeto de la posteridad.

Coincidencias singulares nos presenta la historia. Wellington y Castaños, que como llevamos dicho, eran cada cual el simbolo de las glorias militares de su país, contando casi la misma edad y la misma antigüedad de servicios; habiendo brillado en la misma época y sostenido la misma causa; en fin, despues de sobrevivir á tantas glorias pasajeras y tantas miserias humanas como á guisa de sombras chinescas han atrevesado el siglo XIX, han venido á morir al mismo tiempo en las vísperas del segundo imperio francés. Diríase que estos dos hombres han bajado al sepulcro heridos por un doloroso recuerdo, y que sus almas obedientes siempre á la voz que en los primeros años de este siglo conmovió el corazón de los españoles y los ingleses han rehusado presenciar la coronacion de Napoleon III despues de haber destronado á Napoleon el grande.

Aunque no pensamos hacer un artículo necrológico, sino hablar simplemente de los funerales de los dos ilustres capitanes, permítansenos decir algo de sus hechos como justo tributo pagado á su memoria.

Todo el mundo conoce la historia de los duques de Wellington y de Bailen, que es durante un largo y glorioso período la historia moderna de Inglaterra y España; parte integrante y principal en esa epopeya moderna, que, como ha dicho un escritor, espera la aparición de un Homero, el cual en mi concepto vendrá sin duda, aunque todavía no está bien determinado quien es entre los guerreros modernos el que ha desempeñado el papel de Aquiles. Lo mas que yo puedo decir es que los venerables militares á quienes consagro estas líneas salvaron á Troya del yugo y del incendio, legando á la historia sus nombres no empañados por la ignominia del vencimiento, y llevando cada uno en su entierro la manifestacion de las simpatías públicas: « El gobierno inglés, dice un periódico, ha querido revestir con la mayor magnificencia los honores fúnebres tributados al mas ilustre capitán de los ejércitos ingleses despues de Marlborough, y el parlamento ha votado para este objeto la suma de cien mil libras esterlinas. » — Es menester, dijo un lord en la alta Cámara, que ninguna pompa pueda nunca sobrepasar á la que debe desplegar la nacion para honrar tan cara memoria; porque ningún militar inglés fué jamás tan querido de sus conciudadanos, y este amor no provenia de una simple y vana admiracion hacia la gloria militar. El país amaba al duque de Wellington no solo porque este hubiese dado á la Inglaterra la supremacia del vasto imperio de la India, ni porque sus victorias habían elevado á su patria á un alto rango entre las naciones, ni por haber vencido á Napoleon, sino porque no se había dejado cegar por su propia gloria y porque supo comprender entre el ruido mismo de sus victorias, que toda guerra debe tener por objeto supremo una paz honrosa y duradera. » A estos discursos en el Parlamento hay que agregar los obsequios prodigados por la reina y todas las clases de la poblacion inglesa al duque de Wellington pero esto es inútil, pues no hay periódico en Europa que no haya dado sobre el particular los mas minuciosos detalles.

En cuanto al general Castaños, podemos decir que si en vida no había sido recompensado con esa prodigalidad con que los ingleses premian á sus notabilidades, los honores que en su muerte se le ha hecho son quizá superiores á los que ha merecido su rival de gloria y compañero de triunfos el duque de Wellington. ¿Han sido justos los obsequios tributados á estos dos veteranos de la independencia? La historia de sus hechos responderá por nosotros. Entre tanto podemos asegurar que en ambos casos ha obrado la expansion del sentimiento nacional. Pasemos ahora á los funerales del duque de Bailen, en los cuales habrémos de detenernos un poco mas, y nuestros lectores harán en esto justicia al pensamiento patriótico que guía nuestra pluma. Hé aquí la real orden expedida en 26 de setiembre, con motivo del fallecimiento del capitán general don Francisco Xavier Castaños:

« La Reina (Q. D. G.) se ha servido aprobar el adjunto programa para la traslacion del cadáver del duque de Bailen desde la iglesia de San Isidro, en que se halla depositado, al santuario de Nuestra Señora de Atocha. — Madrid 26 de setiembre de 1852. — Juan Bravo Murillo. »

Programa aprobado por la Reina (Q. D. G.) en real orden de esta fecha, para la traslacion del cadáver del duque de Bailen, desde la real iglesia de San Isidro, en que se halla depositado, al santuario de Atocha, cuyo acto debe tener lugar el 27 del corriente.

1º A las tres de la tarde se cantará la vigilia, acompañada de la música de la real capilla, celebrando el cardenal arzobispo de Toledo, el cual asistirá tambien á la conduccion del cadáver.

2º Asistirán igualmente á ambos actos los RR. obispos residentes en Madrid, todo el clero parroquial con mangas y estandartes, y todas las sacramentales y cofradías con sus respectivas parroquias.

3º Durante la vigilia y la conduccion del cadáver hasta que se le dé sepultura, se dirán los clamores como oficio fúnebre de primera clase en todas las iglesias, cualquiera que sea la jurisdiccion á que correspondan.

4º El M. R. Patriarca con el clero de su jurisdicción y estandartes, recibirá el cadáver en el atrio del santuario de Atocha, en el cual se entonarán el responso y oficio de sepultura.

5º Por los respectivos ministerios se invitará á todas las corporaciones y funcionarios dependientes de los mismos para que asistan á esta ceremonia de uniforme ó con el traje correspondiente á sus respectivos cargos.

Las tribunas de la real iglesia de San Isidro se reservarán exclusivamente para las señoras, las que hasta el número posible serán designadas por S. M. é invitadas por las dependencias de su real casa.

6º Tanto en la iglesia de San Isidro como en el acompañamiento del cadáver, fuera de los puntos designados á las personas y corporaciones que tienen en el acto una representación especial, la colocación de los demás que concurran se verificará sin distinción de clases.

7º Presidirá el duelo S. M. el Rey en nombre de S. M. la Reina nuestra señora, acompañado de S. A. el Serenísimo infante don Francisco de Paula Antonio.

8º Los únicos puestos preferentes, con arreglo al artículo 6º de este programa, son los siguientes:

El Consejo de ministros.

Los jefes de Palacio que acompañen á S. M.

El tribunal supremo de Guerra y Marina en cuerpo para la representación del ejército, é incorporados con el tribunal los capitanes generales de ejército y el del distrito de Castilla la Nueva.

En seguida los demás concurrentes sin distinción de clases como para tales casos previene la ordenanza militar.

9º Para evitar entorpecimientos á los concurrentes, cada ministerio y dependencias comisionará dos de sus oficiales que, situados convenientemente, reconozcan á los de su ramo y les faciliten la entrada.

10º Terminadas las ceremonias religiosas, el acompañamiento se dirigirá desde la iglesia de San Isidro por las calles de Toledo, Imperial, plazuela de Santa Cruz, calle de Esparteros, Mayor, Puerta del Sol, carrera de San Gerónimo, Prado y al santuario de Atocha, guardando el orden siguiente:

I. La guardia civil de infantería y caballería abrirá la marcha.

II. Seguirá 259 niños de los escogidos en las casas de beneficencia y 270 hombres de los mismos establecimientos todos con velas.

III. Las cofradías y sacramentales con sus respectivas parroquias; la de San Ildefonso en lugar preferente, como parroquia del difunto, con cruz alzada, coro de voces y bajones; los RR. obispos residentes en Madrid, y el cardenal arzobispo de Toledo.

IV. El féretro, conducido por seis caballos negros emantados y con penachos, con sus correspondientes lacayos, todos de las reales caballerizas.

V. Las seis cintas del féretro serán llevadas dos por dos capitanes generales de ejército, otra por el decano de la grandeza, otra por un caballero de la insignia orden del Toison, otra por el vicepresidente del Senado en la última legislatura y otra por el presidente que lo fué del Congreso en la misma.

VI. A los costados del féretro irán dos hileras de alabarderos. Los porteros y maceros del Senado, 42 inválidos del cuartel de Atocha, ocho lacayos de palacio y los del duque difunto, acompañarán con hachas encendidas.

VII. Siete caballos de montar de las caballerizas de S. M. conducidos de la mano por palafreneros de palacio.

11. En dos filas se colocarán los concurrentes por el orden siguiente:

I. Los que no tienen puesto designado y que por su posición deben asistir.

II. El capitán general de Castilla la Nueva y los capitanes generales de ejército incorporados, según se ha dicho, con el tribunal supremo de Guerra y Marina.

III. Cerrará la comitiva S. M. el Rey y S. A. R. su augusto padre, llevando á la izquierda los jefes de palacio y servidumbre de guardia, y á la derecha el gobierno de S. M.

12. El cuerpo de Alabarderos.

13. Las tropas seguirán á retaguardia con arreglo á ordenanza, uniéndoseles las que se hallen tendidas en la carrera, y llevando todas las armas á la funerala y tambores enlutados y destemplados.

14. Diez coches de toda gala de las caballerizas de S. M.; en seguida los del gobierno, los de la grandeza, los del tribunal supremo de Guerra y Marina, y después los de los demás concurrentes que por su posición crean deber en-

corazon de los pueblos, rivalizó con el magnífico aparato de la manifestación oficial. ¿Hubo, volvemos á preguntar, razón suficiente para esta ostentación de simpatías en Inglaterra y España hacia los duques de Wellington y de Bailen? Ya hemos dicho que la historia de los hechos de estos personajes responderá por nosotros. Digamos ahora algo de estos hechos.

Don Francisco Javier Castaños entró en el servicio militar en 1768 con el empleo de capitán de infantería, haciendo los estudios en el Real Seminario de nobles de Madrid. Distinguióse siempre por sus talentos, mereciendo la honra de ser diferentes veces elegido para desempeñar importantes

misiones, y en 1792 cuando se empeñó la guerra con la República francesa ya se hallaba de coronel del regimiento de Africa, dando siempre pruebas de valor y particularmente en una acción que tuvo lugar en Orduña en junio de 1793. Vióse Castaños de pronto abandonado en medio de los enemigos, herido en un brazo y expuesto á sufrir á la vez los golpes de multitud de armas que contra su pecho dirigian los soldados franceses. Castaños sin perder nada de su habitual serenidad, mostrando sus galones, exclamó en buen francés: ¡*Deteneos! ¡Respetad á un coronel!* Los soldados de la República cediendo sin saber por qué á las palabras que les recordaban los deberes de la subordinación, detuvieron sus armas el tiempo suficiente para que llegando los cazadores de Africa, se trabase un sangriento combate el cual dió por resultado la derrota de los enemigos y la salvación casi milagrosa del coronel Castaños.

Pero no fué esta la sola vez en que Castaños debía la vida al afecto y valor de sus soldados. He aquí otro hecho que copiamos de otro periódico: «Siendo ya brigadier (Castaños) fué nombrado para mandar los reductos de Vera, y hallándose en la altura de San Marcial, defendiendo el reducto número 8, atacado por numerosas fuerzas enemigas, fué mortalmente herido de una bala de fusil que le atravesó la cabeza, entrando por debajo de la parte inferior de la oreja derecha y saliendo por la parte superior de la izquierda. Aquella catástrofe desalentó á las tropas que por atender al cuidado de su jefe abandonaron el reducto, y entonces tuvo lugar un hecho que tanto ennoblece á los granaderos de Africa como prueba los estrechos vínculos de afecto que siempre ligaron á aquel regimiento con su coronel Castaños. Yacía este casi sin vida entre los brazos de los soldados que anhelaban ponerle en salvo.

«El descenso por el reducto era impracticable, pues no había vereda capaz de contener apenas el equilibrio de un hombre sin ayuda de las manos, cuando para bajar al herido desde la cúspide en una camilla, eran necesarios dos por lo menos. Todo lo allanó, sin embargo, el amor de los granaderos; tendidos de espaldas sobre la áspera y terrible pendiente, y formando de alto á bajo desde la altura á la falda del reducto, una fuerte columna sostenida por el mútuo apoyo de los pies, afirmados sucesivamente en los hombros, alzaron las manos para recibir y despedir sucesiva y cuidadosamente al herido que, entregado á los robustos brazos de los primeros granaderos colocados en la pendiente, fué deslizando paso á paso por aquel prolongado lecho humano.

Era aquel un acto que arrancaba lágrimas: la vida de Castaños pendía del mas ligero descuido de los granaderos; una mera sacudida, una tenue oscilación hubiesen bastado para extinguirla; sin embargo, los últimos hombres de la columna entregaron al ilustre jefe salvo, cual lo habían recibido de los primeros. Colocado entonces en una camilla, fué trasportado á Hernani. Castaños no ha podido olvidar nunca que debe la vida á los denodados granaderos de Africa, y queriendo recompensar tan inapreciable servicio,



Capilla ardiente del duque de Bailen.

viarlos, aunque no hayan recibido invitación especial.

15. El comandante general del cuerpo de inválidos, al frente del cuerpo de su mando, estará delante de la iglesia de Atocha para recibir el cadáver.

16. Después de terminados los resposos y oficio de sepultura, se depositará el cadáver en un panteón de la misma iglesia hasta que se concluya el sepulcro que S. M. se ha dignado mandar construir á sus expensas.

17. Durante la ceremonia se harán los honores de ordenanza.

18. Concluidos los actos religiosos, el ministro de la Guerra tomará y colocará en una bandeja de plata la espada y baston del difunto duque de Bailen y los presentará á S. M. el Rey, el cual se dignará entregarlos al director general de artillería que se encargará de conducirlos en un coche de S. M. la Reina y con la correspondiente escolta al Museo del cuerpo de su mando, donde quedarán depositados. Madrid 26 de setiembre de 1852. — Bravo Murillo.

Además de esta se expidieron otras reales órdenes por varios ministerios, relativas al mismo objeto, y la concurrencia inmensa del público revelando en todos los semblantes ese afecto que las grandes virtudes saben inspirar en el

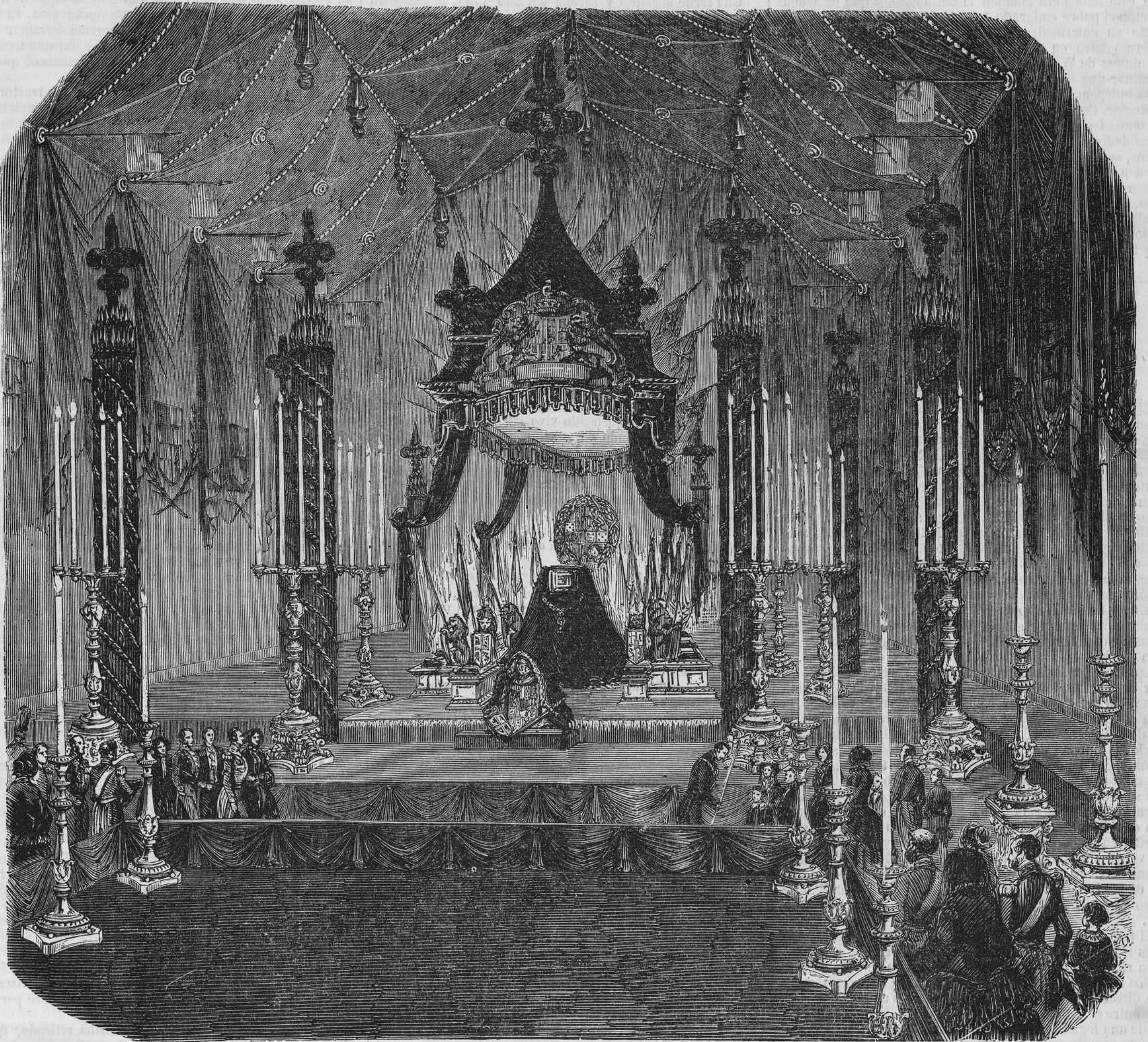
por un acto público tan duradero como su vida, vistió en todos tiempos desde entónces el uniforme de Africa, ese glorioso uniforme blanco con que le hemos visto presentarse siempre, luciendo sobre él sus honrosas condecoraciones.»

En 1795 era ya Castaños mariscal de campo, y concurriendo á cierta tertulia que no era muy afecta al favorito de la corte parece que se singularizó por su crítica severa y epigramática, lo que le valió un injusto aunque momentáneo destierro á Badajoz. Esta es la única vez en que los chistes de Castaños han sido mal recibidos de la corte. En otras muchas ocasiones al contrario, han aumentado las simpatías de que justamente gozaba aunque alguna vez, francamente, necesitó de toda la gracia y oportunidad de su ta-

lento para que la alta sociedad recibiese sus epigramas generalmente atrevidos y picantes. Entre las réplicas incisivas y de buen tono que podríamos citar, recordáremos la que en 1812 dió al duque de Kent, padre de la actual reina de Inglaterra y gobernador que era entónces de la plaza de Gibraltar. Hallábase Castaños en esta plaza muy estimado de todas las autoridades inglesas, y fué invitado á pasar una revista á las tropas, por el mencionado duque de Kent el cual llevando al extremo la galantería, dijo: «General: aquí mandais como si estuvieseis en medio de vuestro ejército.» — «¿Sí? dijo Castaños, pues podian estas tropas ir desfilando por la puerta de tierra para que entrasen mis soldados á tomar posesion de la plaza.»

Militar valiente y entusiasta de la independencia nacional, contribuyó con un ardor verdaderamente meridional á sacudir el yugo de la dominacion extranjera, distinguiéndose siempre con hechos dignos de elogio que omitimos, porque la apologia de la vida militar de Castaños se reasume en estas palabras: «mandó el ejército español en la batalla de Bailen.»

En cuanto al duque de Wellington, elevado en la opinion de su pueblo á una alta consideracion en la gerarquía de los guerreros, debemos decir que nuestra opinion está de acuerdo con la del pueblo inglés. ¿Necesitáremos presentar detalles biográficos para justificar nuestra opinion? La historia que dió el nombre de Augusto al vencedor de



Capilla ardiente del duque de Wellington.

Antonio debe muchos títulos de honor al que venció á Junot en Vimeira, á Victor en Talavera, á Massena en Almansa, á Ney en Ciudad Rodrigo, á Marmont en Arapites, á Soult en San Juan de Luz, y á Bonaparte en Waterloo.

El paralelo de Castaños y Wellington honroso para los dos, ofrece algunas diferencias, que mas que todo son debidas al carácter y costumbres de la sociedad en que brilló cada uno: Wellington obtuvo entre otros muchos títulos los de baron del Duero y de vizconde de Wellington en 1809; conde y marqués de Wellington en 1812; marqués del Duero y duque de Wellington en 1814. Era en España capitán general de ejército, duque de Ciudad Rodrigo y grande de primera clase, en Portugal duque de Vitoria, marqués de Torres Vedras y conde de Vimeira, y en Holanda príncipe de Waterloo. Además, en virtud de los sueldos que disfrutaba y por las gratificaciones con que su patria premió sus servicios, tenía últimamente una renta de cinco millones de reales próximamente.

También el general Castaños obtuvo grandes títulos y cruces; pero á esto se redujeron sus recompensas como se verá por el siguiente párrafo de su testamento en que se reflejan perfectamente la ingenuidad, la sencillez de carácter,

las virtudes privadas del caudillo español: «Mi entierro, dice, será compuesto del cabildo parroquial con cruz y prestes, revestido hasta donde pueda este extenderse. El cadáver será llevado por doce inválidos, á cada uno de los que se les dará dos pesos duros: veinticuatro pobres de San Bernardino con hachas, y un peso duro á cada uno. Prohibo absolutamente me acompañe ningún coche, incluyendo en la prohibicion el mio propio; y solo harán el duelo mis criados, sin repartir esquelas de convite, y solo, á lo mas, darán aviso de mi muerte, pero no en tarjetones dorados. Muero pobre, pero aunque fuese rico preferiria gastar, no en catafalcos y grandes músicas, y si únicamente en sufragios y limosnas á familias necesitadas. Por mas que no sean costosas esas disposiciones, es muy probable no deje en mi casa el dinero necesario; y encargo á mis testamentarios hagan presente á mi amada Reina mis servicios y el cariño que siempre me ha manifestado, confiado en que se dignará mandar los créditos que tengo contra el Erario nacional, que es el único caudal de que puedo disponer para estos gastos, y atender á mis honrados y buenos criados, que con tanto esmero y paciencia me han servido.»

No queremos decir que el duque de Wellington acumu-

lando bienes de fortuna fuera ménos pródigo de virtudes que el duque de Bailen. Al contrario, heredero de la esplendidez tradicional que caracteriza á la aristocracia inglesa, empleó muchas veces la fortuna con que la nacion habia recompensado sus virtudes en socorrer á los que imploraban su socorro, y la gratitud que le debemos por el generoso comportamiento, que siempre tuvo con los emigrados españoles, nos obliga á hacer aquí patente uno de aquellos actos que mas honran á los hombres en la elevada posicion en que se hallaba lord Wellington. Es el caso que en el año de 1823, á consecuencia de las ocurrencias políticas de la Peninsula, hallábase en Lóndres un español pobre y gravemente enfermo, sin amigos, sin médico, sin dinero para ponerse en cura ni aun para lo mas necesario á la vida, y en fin asistido solamente por un hijo de quince años que afortunadamente sabia el inglés, y tuvo la bella idea de dirigir al noble lord una carta, pintándole su situacion y pidiéndole su proteccion. Esta carta, escrita por un desgraciado desconocido á un hombre lisonjeado por la fortuna y el poder, hubiera sido despreciada en otra nacion de esas que se jactan de cultas y en las cuales la generosidad y la filantropía marchan en razon inversa de la civilizacion; pero

no fué desatendida en Inglaterra, pues al día siguiente llevó el mayordomo del duque la contestación escrita, en la que, todo un duque de Wellington manifestaba el más profundo sentimiento de hallarse con una indisposición que le impedía ir personalmente á consolar al pobre español. En cambio su mayordomo iba encargado de dar al enfermo cincuenta libras esterlinas, añadiendo que este podía disponer de igual suma todos los meses mientras no mejorase su situación. La ausencia de dicho mayordomo no dió lugar al padre y al hijo para entregarse á aquella expansión de gratitud tan natural en semejantes casos; pues inmediatamente se presentó á visitar al enfermo uno que dijo ser, y era, en efecto, el médico del duque de Wellington el cual después de recetar indicó la botica á donde debían ir á buscar los medicamentos. Nuestros lectores habrán desde luego adivinado que esta botica era también la del duque, y que de consiguiente el pobre emigrado tuvo botica y médico gratis durante su enfermedad. Solo nos falta decir que el hijo del enfermo entró en un colegio distinguido donde á expensas del duque de Wellington estuvo el tiempo necesario para terminar una carrera literaria con la cual pudo vivir después independiente, aunque siempre reconocido á su noble protector. Este rasgo de filantropía que pinta la hidalguía de sentimientos del gran capitán inglés, así como las particularidades en que se revelan las virtudes del inmortal Castaños, son de tanto precio á los ojos de la humanidad, como pueden serlo á los de la táctica los magníficos triunfos de Bailen y de Waterloo. Por eso hemos querido consignarlos aquí, obrando con justicia, pues ninguna mira de interés puede animar á quien, como nosotros, canta las glorias de los que más ó menos poderosos en algun tiempo yacen hoy bajo la sombra del sepulcro.

Luis de Glenvenez.

NOVELA.

I.

El viajero investigador que va desde Quimperlé á Concarneau, patria del ilustre Couëdic y la ciudad de los pescadores, no encuentran en el camino motivos frecuentes de admiración. El paisaje sereno, silencioso y melancólico no toma nunca como en Normandía y Turena, aquellos accidentes seductores que causan admiración y provocan exclamaciones apasionadas. Un erial ingrato cubierto de brezos, aliagas y matorrales, campos sembrados de centeno y alforfón, con algunos manzanos de trecho en trecho, aquí y allí grupos de pinos; en el horizonte la llanura majestuosa del Océano y las barcas con sus velas blancas que parecen navegar entre el ramaje de los árboles, forman el cuadro que se ofrece á la vista del viajero. Pero dejando el camino y tomando uno de los senderos que, de sombra en sombra, conducen á la orilla del mar, se descubren mil bellezas desconocidas, y la soledad que domina se manifiesta bajo nuevos aspectos llenos de misterios y de atractivos.

Los moradores de aquella comarca, ricos ó pobres, se han acostumbrado á la rusticidad de la naturaleza que allí reina. En vez de establecer sus casas sobre el camino, las han construido cuidadosamente en los parajes más ocultos de sus posesiones, amontonando además en sus inmediaciones antemurales de verdura, hayas, pinabets y castaños, sacrificando las ventajas para los trasportes y las comunicaciones, y consiguiendo en cambio evitar el polvo que se levanta en los caminos reales muy frecuentados, y la curiosidad indiscreta de los viajeros de comercio. Pueden de este modo pasar tranquilos su vida pastoral como sucedía en los tiempos remotos de la inocente antigüedad, sin verse molestados por espectadores molestos ó indiferentes: viven, trabajan y mueren completamente ignorantes de las luces de nuestro siglo, tan reunidos en la aldea como en el cementerio, rodeando las torres de sus iglesias.

El palacio de Glenvenez está situado en un extremo de estos tranquilos retiros. Edificado sobre una roca, domina el mar, y una bahía pequeña que han abierto las olas en los arenales que forman la orilla; pero en todas las demás direcciones queda oculto como el nido de las tórtolas lo está entre el espeso ramaje de los árboles; y distando menos de una legua del camino no se descubre, confundiendo su techo agudo con las copas de los gigantescos castaños que lo circundan. Nada es comparable á la tranquilidad de esta casa colocada entre la soledad de los bosques y del Océano. Del lado del mar solo se oye el murmullo de las olas, el graznido siniestro de las gaviotas y alguna vez el cañonazo de peligro que prohíbe la aproximación á aquellas rocas; de la parte de tierra nada más percibe el oído que el canto de las aves anidadas en las enormes encinas del parque, ó el cencerro de los ganados que pastan en los prados apartados.

Para entrar en el patio se atraviesa una bóveda construida en una torre que sirve de palomar: enfrente se encuentra un extenso y verde prado con algunos árboles; á la izquierda el jardín, y á continuación el huerto de frutales; á la derecha se eleva majestuosa una arboleda secular que llega hasta la orilla de la bahía, practicable por muchas y regulares calles, que en todas las estaciones y las horas acuerda espesa sombra y profundo silencio.

En rededor del palacio hay un terraplen que estrecha considerablemente del lado del mar, dejando un tránsito sumamente parecido á las murallas de los pueblos fortificados, á cuya extremidad, que sostiene un muro, se encuentra una escalera abierta en la roca viva, que conduce por una bajada espantosa á la bahía, y su entrada sumamente peligrosa, que los del país llaman la escalera del Diablo; está cerrada con una verja. Durante el día los hombres prác-

licos y hasta los chicos pueden pasar, sin exponerse demasiado, por este atajo, el más corto de todos, para ir desde el palacio á la orilla del Océano; pero por la noche, sin estar beodo ó loco, nadie intenta semejante escalada; la más leve distracción, el traspies, ó tropezón más insignificante derrumbaría á la persona y la precipitaría en el mar, que en la alta marea llega y se estrella en la roca. Esta esplanada estuvo en otro tiempo plantada de árboles que han ido pereciendo poco á poco, á causa de los violentos huracanes del equinoccio, como también concluyeron con los nuevos; solo quedaban en la época que comienza esta historia, una higuera enfermiza y dos pinos, cuyas copas batidas continuamente por el viento se han cruzado como para defenderse fraternalmente formando una especie de cuna natural.

Una tarde hermosa y serena del año 1793, se paseaban en esta esplanada dos personas, una de ellas era un joven de unos veinte y cinco años, y la otra una muchacha que apenas salía de la pubertad, y parecía estar ambos poseídos de alguna profunda agitación. Recorrian la azotea á paso precipitado, con ceño pensativo y sospechoso, sin acordar una mirada á la magnífica vista que tenían delante de sí, ni prestar la menor atención á la hermosísima puesta del sol que envolvía el mar en un velo de carmin, y reflejando en los árboles amarillentos producía el efecto más admirable. La verde y dilatada llanura del mar estaba en leche: en su horizonte aparecían á cada instante los palos de las barcas con sus velas blancas ó rojizas, surcando las líneas luminosas y prolongadas que producía el sol próximo al ocaso, para llegar al puerto de Concarneau, á cual más pronto, á guisa de las aves que vuelven á sus nidos y los voladores que rasaban con sus alas las adormecidas aguas dando los melancólicos chillidos de que tanto gustan los marineros.

El joven estaba vestido de viaje, y la sencillez de este no impedía descubrir su talle elegante y su conjunto distinguido; y el sombrero, á pesar de la grande ala, no ocultaba su fisonomía llena de nobleza: la joven mujer que iba á su lado era uno de los modelos más bellos de su sexo: era imposible mirar sin sorpresa el perfil de su fisonomía, sus cejas arqueadas y altivas, sus labios que respiraban la frescura de la juventud que tan luego marchita la edad, su colorido batido, sonrosado vivo sin dureza, y este conjunto estaba contornado de cabellos blondos descoloridos; dotada de toda la gracia voluptuosa que realiza los atractivos de las jóvenes, no había perdido todavía los hechizos de ella. Sus facciones, llenas de dulzura y simpatía pudieran parecer infantiles, si sus ojos azules no hubieran expresado con los rayos que lanzaban una resolución que pertenece á una edad más adelantada. Sin duda en aquellos tiempos de tribulación la experiencia envejecía el alma sin marchitar su rostro.

La arena de la terraza que comprimian sus pisadas, rechinaba; las gaviotas, que les pasaban cerca, batían con estrépito sus alas; en el palacio se observa un movimiento no acostumbrado, y sin embargo, nada les sacaba de su taciturnidad. Era, pues, indudable, que estos dos seres estaban ocupados de ideas altamente graves.

En esto se presenta en el umbral de una puerta, que se abrió en la esplanada, una joven y linda labradora que traía en sus brazos un niño de tres años. A su vista la joven salió repentinamente del letargo en que estaba sumergida, y asiendo por la mano á su compañero, corrió precipitada hácia su hijo, y le llenó de besos y de llanto; el joven á su vez acarició también al niño, que le miraba con sorpresa, y volviendo á su tristeza, permaneció de pie sumergido en desconsuelo.

La joven madre despidió á su hijo volviéndole á besar, y llevando á su marido debajo de los dos pinos enlazados por sus copas, hizole sentar á su lado, y le dijo: —¿Porqué estás siempre tan desanimado, querido Luis? ¿No necesito yo también resignación? La hora de tu partida se aproxima: por aquella amada prenda, que es nuestra única felicidad, te suplico que te reanimes y consuèles.

El joven mozo estrechó entre sus manos la blanca y delicada de su compañera. — Cesó toda perplejidad, dijo: Juana, mi resolución está tomada de un modo inalterable, estoy resuelto á partir; pero ese terrible momento de separarnos, ¿cómo quieres que mi corazón no sienta? Dejo aquí la cuna de mi hijo y aquella con quien debía pasar una vida tranquila... ¿Y cuándo regresaré? ¿cuándo volveré á ver ese techo tranquilo, esa terraza, esa higuera, estos pinos que dieron sombra á mi padre como á nosotros? ¡Jamás acaso! Y doblemente afligido continuó: ¡y cómo me consolaré, mi pobre Juana, ángel de inocencia, dejándote aquí sola! ¿Cuál será tu suerte si los que nos persiguen no respetan tu soledad? Si el apoyo que me han prometido no es eficaz, ¿quién te protegerá?

La joven retiró su mano, y elevándola al cielo con efusión llena de fe y confianza, le replicó: —Dios.

II.

El barón Luis de Glenvenez pertenecía á una familia noble de Bretaña. Huérfano desde su tierna edad, perdió en el espacio de poco tiempo á su padre, muerto de un balazo en la batalla de Ouessant, y á su madre que falleció de una enfermedad de debilidad. Apenas salido del colegio, entró á servir en la marina real, y á los pocos años obtuvo el mando de una fragata. Este joven oficial, de un valor reconocido por todos en varios combates contra los ingleses, parecía destinado á hacer una carrera brillante, cuando estalló la revolución. Sabido es el desorden que produjo la emigración en la marina francesa, y que se encontró repentinamente casi sin jefes. El barón no era contrario á las ideas modernas, y su corazón noble casi celebraba los esfuerzos del pueblo; pero participaba de las preocupaciones de su familia, y por esto no quiso, como muchos de sus

amigos, hacer lo que llamaban el paseo de Coblenz, y dejó el servicio para retirarse á su casa, en la que experimentó todas las miserias de la ociosidad. Cansado de sufrirlas, proyectaba pasar á América, para ocuparse activamente y correr los riesgos y peligros consiguientes á una nueva carrera, cuando la casualidad le hizo encontrarse en un castillo, inmediato del suyo, con la señorita Juana Locnequer, hija única del conde del mismo título, coronel retirado de caballería. Su alma propensa á las emociones, se prendió muy luego de ella, y esta por su parte no fué ingrata á su cariño; pidió su mano y tuvo la buena suerte de obtenerla. Se casó, cambió completamente su existencia; olvidó lo pasado fácilmente, del mismo modo sus pérdidas ilusiones, su carrera, sus esperanzas, y solo pensaba en las santas satisfacciones del matrimonio. — Se retiró con su esposa á su nido de granito rodeado de aquellos inmensos árboles seculares, y comenzó una nueva vida: El huracán que rujía en toda la Francia, parecía terminar en los lindes de aquellos bosques silenciosos; y durante tres años vivieron en aquel tranquilo y delicioso descanso, que hizo más agradable aun el nacimiento de su hijo.

Esta pareja dichosa acaso habría pasado sin trastorno la época desoladora de la revolución, merced al completo aislamiento en que vivían, si un suceso inesperado no hubiera venido á turbar su felicidad. Una noche se presentó en el castillo un mensajero de Nantes, portador de una carta para el barón: era del conde Locnequer que se hallaba preso como sospechoso; le rogaba que fuese á verle y daba su bendición á su amada hija, á la cual desesperaba de volver á ver. Sin pérdida de momento el barón montó á caballo y partió solo, á pesar de las instancias de su esposa para acompañarle. Llegado á Nantes se dirigió inmediatamente á la cárcel, solicitando ver á su suegro, pero solo obtuvo una respuesta grosera del primer carcelero á quien habló: había orden para tener á los prisioneros en completa incomunicación. Al retirarse con el corazón lleno de desconsuelo, se le acercó un hombre de estatura alta, de cabellos negros, muy ceñidos á las sienes, de color verdoso, de gestos bruscos y ademanes adustos.

— Ciudadano, ¿qué puede hacer para servirte? le dijo aquel personaje con voz muy ronca.

El barón al oír este inesperado apóstrofe, que le sacó de su estado de confusión, lejos de experimentar desconfianza alguna, consideró este encuentro como un incidente afortunado que debía aprovechar sin perder un solo instante, le respondió:

— Usted es muy bondadoso en interesarse por mí, y le doy mil gracias de todo corazón; pero dudo que usted pueda serme útil.

— ¿Quién sabe? replicó el desconocido fijando sus ojos pequeños y penetrantes en su interlocutor, ¿quién sabe? porque hoy menos que nunca debe uno confiarse en el vestido: los más poderosos no son los que mejor se visten.

El barón no puso mucho cuidado en esta expresión que pronunció el incógnito con alguna acritud, porque viviendo lejos de los hombres, desde que se casó, le eran desconocidos los usos y costumbres modernos, y así la atribuía á una ligera impresión de amor propio de su oficioso amigo; y para reparar la falta de cortesanía en que creía haber incurrido, le replicó:

— Suplico á usted, caballero, que no se equivoque con respecto al sentido de mis expresiones, pues no niego bajo concepto alguno que usted tenga la buena voluntad y la posibilidad de favorecerme; díjome sencillamente que en atención á las circunstancias particulares en que me encuentro, es de temer que el crédito de usted no esté á la altura de su buen deseo: desearía ver á un prisionero.

— ¿Nada más que eso, ciudadano? pues es una friolera, y no podías haberte dirigido mejor, porque soy un empleado principal de las cárceles.

— Siendo así, alabado sea el nombre del Señor, exclamó el joven barón, agarrándose del brazo de su nuevo conocido, y llevándole á parte le contó con reserva, pero sin rodeos, los motivos de su ida á Nantes.

Concluida la narración, el incógnito quedó pensativo por algunos instantes, y al fin repuso con cierta inflexión de ironía:

— Eres afortunado, porque ningún otro de la ciudad está en el caso como yo de proporcionarte la entrevista que deseas tener con tu suegro; pero dime tu nombre para escribirlo en el pase.

— Luis de Glenvenez, oficial de marina retirado, domiciliado en el castillo del mismo nombre, situado en las cercanías de Quimperlé.

— Basta, basta, pues me das explicaciones que no pido, y retirándose á un lado sacó una cartera de tafete encarnado, arrancó una hoja y escribió en ella algunas palabras con lápiz, y volviéndose hácia el barón, le dijo, alargándole el papel:

— Ahí tienes lo que necesitas; con él entrarás en la cárcel, y después el primer carcelero que encuentres te acompañará á donde está el ciudadano Locnequer. A Dios, y él te dé buena suerte.

Animado el barón con este resultado, pensó aprovechar mejor de las favorables disposiciones del empleado. Desde luego era mucho ver al señor de Locnequer; pero lo más esencial era sacarle de las garras del tribunal sanguinario que iba á juzgarle.

— Doy á usted mil gracias por su noble proceder, dijo el barón, poseído de un vivo y sincero reconocimiento, y ciertamente que no favorece usted á ningún ingrato, pues conservaré eternamente el más grato recuerdo del beneficio que me acuerda; pero en reciprocidad sirvase usted darme su nombre.

— Mi nombre, dijo el desconocido con tono sardónico, es inútil que lo sepas: mas tarde lo sabrás y aun necesitarás de mí. Por lo demás estoy casi siempre en la cárcel: á Dios otra vez, ciudadano.

El señor Glenvenez no quiso insistir y respetó la reserva de su bienhechor como un deber de conciencia, temiendo al mismo tiempo comprometer el porvenir sin necesidad; y antes de alejarse alargó su mano al incógnito, mas este finjó no apercibirse del movimiento amigable, á que no correspondió, y solo le volvió á saludar.

El baron con su pase voló al momento á la prision: iba ya á pisar el umbral de la puerta temible, ocupado por una porcion de porteros de golpe y de gendarmes de torbo gesto, cuando se oyó llamar por su nombre en la calle: retrocedió y vió un marino que corría á su encuentro.

Era un hombre de unos treinta años, de pequeña estatura, pero doble, moreno y cuya fisonomía estaba llena de noble franqueza. Sus ojos negros bien cortados, eran sumamente expresivos, explicaban una energía no comun y las buenas prendas del corazon; y aunque sus maneras no denunciaban costumbres aristocráticas, habia sin embargo en ellas cierta gracia y desenvoltura que probaba mucha caballerosidad natural.

— ¿Tú por aquí, Glenvenez? exclamó el marino al reunirse á él. Era necesario para conocerte haber pasado diez años juntos entre las cuatro paredes de una misma clase, delante del mismo pasante, mascando griego y latin, para reconocerse despues de tantas metamorfosis. ¿Sabes que corrías como un gamo hace diez minutos? yo no soy tan buen velero como tú, pues desesperaba de poderte dar alcance: uf, estoy sofocado...

Se quitó el gran sombrero que llevaba y enjugó su frente y la cabeza cubierta de un pelo negro como el azabache. El baron le conoció como uno de sus compañeros de colegio, llamado Carlos Le Groix, hijo de un armador de San Maló, y se arrojó á su cuello, le abrazó y besó con cariño, como se hace siempre con los amigos de la infancia.

— ¿A dónde ibas tan de prisa? continuó el marino, espero que nada tengas en esos infames calabozos de los cuales solo salen cadáveres. ¡Ay! Si tú supieras como yo lo que pasa en esa grande casa negra que nos observa. ¡Es horroroso! ¿y tendrías la curiosidad de entrar en ella?

— Si, á ella voy para visitar á un pariente, casi á un padre; al señor de Locnequet, con cuya hija me casé.

— ¿Cómo? ¿te has casado con la hermosa señorita de Locnequet! Muy linda estaba cuando vino, hace cuatro años, á pasar el carnaval en Nantes. Todos los jóvenes estaban apasionados de ella, pero vi fueron muchos los llamados, el elegido solo fué uno, y ese Luis de Glenvenez. A fé mia que puedes vanagloriarte de poseer la perla de la Bretaña.

— ¿Y tú no te has casado?

— ¿Quién, yo? Si, si, estoy casado en terceras nupcias con la mas bonita corbeta que ha salido de los astilleros del puerto de San Maló cuyo amable nombre es la *Pantera*, que ha lanzado ya mas de una mirada mortífera á los ingleses. Veinte y cuatro cañones de á seis, querido mio, hacen bastante ruido cuando estornudan fuerte; te la enseñaré; está en la rada de Paimbœuf.

Al oír esto suspiró el señor de Glenvenez, y dijo á su compañero: — Carlos, no me hables mucho de brea ni de agua salada, porque me moverias mis antiguos martirios. ¿Por ventura no recuerdas que en 1789 era aun capitán de fragata mientras ahora miro con los brazos cruzados pasar los buques de los otros?

— ¿Y porqué dejáste la carrera? ¡Ah! sin duda por opiniones: hicistes mal, Luis, porque los hombres de bien tienen ahora, mas que nunca, deberes que llenar. Pero á lo ménos no has emigrado como tantos otros. ¿Es posible que todos esos jóvenes no comprendan que blanco, ó tricolor, nuestra bandera representa siempre á la Francia?

— ¡Conqué tú mandas una corbeta, y yo ignoraba que estuvieses en la marina!

— Hé aquí mi historia en breves palabras. Yo soy republicano, como tú realista. Con deseo de ocuparme en beneficio de mi país volví mi vista al Océano: fui á verme con mi padre y le pedí ocupacion: trató y se entendió con un amigo que mandaba un corsario, á cuyo bordo me embarqué como voluntario: fui tres veces á la India con el mismo capitán, hicimos muy buenas presas, nos batimos muchas veces, y en fin tengo tanta afición á esta ocupacion, que hoy soy dueño del buque que mando, y hago el corso por mi cuenta y riesgo.

— ¿Cómo? ¿eres corsario! exclamó Glenvenez.

— Soy corsario, respondió Le Groix, y te aseguro que es un oficio lucrativo para los que no tienen pereza. Dentro de pocos dias me doy á la vela, y si no tuvieses una mujer tan linda, te propondría que me acompañases, y recorreriamos juntos una buena parte del mundo.

Hablando en estos términos, los dos amigos entraron juntos en la cárcel sin encontrar dificultad. Los llaveros con sus gorrós rojos encasquetados y sus sucios vestidos se formaron á su paso, y casi con inflexiones cariñosas de voz, dijeron: — Bienvenido, ciudadano Le Groix.

— Ves estos perros de presa con el cuello ensangrentado, decia en voz baja el joven marino á su amigo, pues no dudes que me devorarian si se atreviesen, á pesar de verme á menudo aquí con el representante del pueblo; pero me temen, porque saben que no me imponen. Estas gentes besan la mano que los desafia, y muerden la que los acaricia; son como los lobos que solo embisten á los que se caen.

Los dos amigos llegaron á un corredor prolongado en que habia muchos calabozos. Un carcelero de gigantesca estatura y espaldas cuadradas, de maliciosa sonrisa y ojos vidriosos, empuñados y hurraños, salió á su encuentro sacudiendo un manojo de llaves con ademan fiero. El señor de Glenvenez inquieto, y casi temeroso, se detuvo á la vista de aquel horrible coloso, tipo perfecto de un verdugo borracho.

— Nada de miedo, ó estamos perdidos, dijo en tono bajo Le Groix.

Cuando llegaron al formidable carcelero, el joven corsario le detuvo, y apoyando una mano en su hombro, le dirigió la

palabra: — Tú tienes la fisonomía de un hombre de bien, y estoy seguro de que me vas á hacer el favor que te voy á pedir.

El carcelero gigante que le miraba con ojos de ave de rapina, le contestó, pasándose la mano por su larga barba: — Eso será segun, y conforme.

— No es cosa de importancia, pues solo deseamos, amigo mio, ver á un prisionero, al ciudadano Locnequet: ¿no podrías tú llevarnos á dónde está?

— El ciudadano Locnequet, ántes de ahora, ¿no es verdad?... tan pequeño, (al decir esto bajó la mano á la altura de su rodilla) delgado, arrugado como una mujer vieja...

— Sí, sí, ¡y qué! prorumpieron los dos amigos con suma ansiedad.

— Y bien, ¿no lo verán ustedes!

— ¿Y porqué no lo veremos?

— ¿Porqué me explico así? y bien... porque creo que desde ayer ha pasado á habitar el palacio de Aux (la Loire). ¡Ha! allí, ciudadano, se come muy buen pescado.

El baron se estremeció de piés á cabeza experimentando amargo remordimiento por no haber venido veinte y cuatro horas ántes.

— Tú mientes, dijo Le Groix al carcelero. El ciudadano Locnequet no ha sido arrojado al rio, vive y está en una de esas habitaciones infernales: quiero verle.

— ¡Ha! conqué lo quieres, pobrecito, repitió el gigante dando algunos pasos atrás y poniéndose en actitud de combate.

— Escucha, amigo, no hagas el valiente, porque he visto diablos mucho mas negros que tú, y si me calientas la cabeza, á fé de corsario te haré pasar un mal cuarto de hora. ¡Toma ese doblon, y adelanta!

— ¡Sea enhorabuena! hé aquí uno de los *Sansculotes*, que charla sin reparo; pero yo quiero á los corsarios, porque son buenos y valientes.

Con gran sorpresa del baron el carcelero tomó la moneda y se la guardó, y despues adelantándose abrió la puerta de un calabozo, y dijo: — Entrad amigos, y despacháos, porque estoy de prisa.

Carlos Le Groix, aunque acostumbrado á ejercer influencia en el ánimo de hombres feroces, experimentó cierta sorpresa al ver conseguido su objeto con tanta facilidad, y como por esto temiera algun lazo de parte del carcelero, que podía echar los cerrojos una vez que ellos estuvieran dentro, hizo entrar á su compañero, y él se quedó en el umbral de la puerta.

Entró el baron adelantándose lentamente á la débil claridad que una claraboya con reja comunicaba al calabozo. Reinaba en este un silencio sepulcral, y á medida que su vista se acostumbraba á aquella oscuridad imponente, iba descubriendo, sobre un suelo húmedo, cubierto de una humilde capa de paja, hombres, mujeres y niños, todos confundidos los unos con los otros, la mayor parte en un estado de desnudez que aumentaba el horror de tal mansion. Unos miraban con espanto; otros se movian lentamente como reptiles entumecidos por el frio; de tiempo en tiempo un suspiro, un sollozo, un juramento heria sus oídos; y todos estos testimonios del dolor eran muy breves.

— Al fin, dijo el baron con voz conmovida y trémula. ¿El ciudadano Locnequet se halla aquí?

— Sí, respondió al momento una voz suave de mujer, pero está muerto.

Siguió el baron la direccion que la voz le marcaba, y á favor de un menguado rayo de luz que la lumbrera comunicaba, vió una joven y linda, cuyos cabellos caian en el mayor desórden sobre sus espaldas, y á su lado, ¡qué horror! un cuerpo frio y sin movimiento; era el conde de Locnequet.

Se arrodilló el baron delante del cadáver de su suegro con el corazon traspasado del mas amargo dolor, y la joven le miraba con sorpresa.

— ¿Cómo, exclamó con indignacion levantándose repentinamente, se ha dejado perecer así, sin asistencia, á un sér humano!

La joven levantó su dedo llevándolo á sus labios marchitados, como para imponer silencio, y evitar aquellas quejas insensatas, y en seguida indicó con una señal otros varios prisioneros que yacian sobre la paja; observando bien el baron se persuadió de que en aquel recinto sepulcral los vivos no excedian á los muertos; huyó precipitado llevándose á su amigo, que estaba en la puerta hablando familiarmente con el cerbero de aquel tártaro.

— Capitán, gritó aquel coloso á sus espaldas, no olvides tu ofrecimiento de embarcarme en la *Pantera*; estoy cansado de la tierra firme. ¡Puf! esto huele á encierro.

— De un tigre he hecho un leon, dijo el corsario al salir á su amigo; este carcelero está cortado sobre el patron de un buen marinero; le llevaré conmigo, y por cierto no pensaba en semejante adquisicion.

Estando ya en la calle, el baron contó todo lo que habia visto su amigo; pero Le Groix movió la cabeza, sin manifestar la menor sorpresa, porque estaba curtido y acostumbrado á estos espectáculos espantosos. Llegaron á la plaza de la Catedral, entraron en el café, se sentaron delante de una pequeña mesa, y se contaron con la mayor cordialidad, sin reserva, los principales sucesos de su vida, enlazando sin cesar lo presente con los recuerdos de la infancia.

— A propósito, dijo el corsario, interrumpiendo repentinamente la relacion de uno de sus viajes á las Antillas, no me has dicho como pensabas manejarte para entrar en la cárcel: sin mi intervencion ¿no sabes que habrias sido arrestado á la entrada?

— Me habria servido de este papel, replicó Luis de Glenvenez, sacando de su bolsillo el pase que le habia dado el incógnito.

— Veamos, dijo el marinero con indiferencia.

Le Groix apenas habia echado la vista sobre el papel, se estremeció.

— ¿Conoces tú á la persona que te ha dado este papel?

— Ignoro hasta su nombre.

— ¿Has dado el tuyo al desconocido?

— ¿Porqué me habria ocultado? mis intenciones eran buenas, y podía manifestarlas sin temor.

— ¿Le has indicado tu residencia y el castillo de Glenvenez?

— Ciertamente; ¿pero á dónde van á parar todas esas preguntas?

— ¿De qué sirven todas estas preguntas? ¡desgraciado! Estás perdido. ¡Oh! tenia no se qué presentimiento de esta fatalidad: eres bien imprudente, añadió, levantándose brusca y dando una patada, ¿sabes cómo se llama tu confidente, ese confidente de tus penas y esperanzas?

— No; habla, porque me asustas, contestó Glenvenez descolorido.

— Pues bien, se llama Carrier: lindo nombre para repetirte delante de tu esposa. ¡Ah! maldito hombre, te ha reconocido por un aristócrata, y te ha dado un pasaporte que debia llevarte á galope á la Loire; y sin nuestro encuentro prodigioso, ocuparias en este momento el mismo lugar que tu suegro: te habrian dejado penetrar en la cárcel lo mismo que un raton entra en la ratonera; pero no habrias salido sino para ser arrojado á ese maldito rio, ó bien te habrian guillotinado, acibillado, y Dios sabe.... Estás perdido sin remedio, porque has cometido la mayor locura confiando tu nombre y domicilio al primero que te se acercó.

— Vaya, continuó despues de una larga pausa, no tienes un momento que perder, es menester que huyas, porque acaso los agentes de Carrier están ya en camino para tu castillo: tambien la vida de tu esposa peligrá mucho; vámonos.

La vista del corsario centelleaba, y el peligro inexperado en que estaba su amigo imprimia una expresion energética y audaz en su fisonomía.

No nos precipitemos, sin embargo, y conjuráremos mejor la tormenta que amenaza nuestra existencia. Parte sin demora; abraza á tu esposa; despídete de ella, y espérame.

— Antes de reunirme contigo voy á ver á uno de mis amigos, verdadero republicano, como hay algunos todavía, terrible para los traidores y cobardes, pero bueno para los inocentes y débiles. Le contaré todo, y su corazon grande y generoso hallará, no lo dudo, medios para favorecerme. Pero tú, hijo noble y sospechoso, no puedes ser salvado, sino sacándote de Francia. Pasado mañana 18 de octubre, se dará á la vela la *Pantera*, para tomar á su bordo al amigo de su dueño. En la noche del siguiente dia, si el viento es favorable, echaré el ancla á una media legua de tu casa, y en seguida una fahú irá á Glenvenez. No podré tirar un cañonazo para avisarte, pues no quiero llamar la atencion y recibir la visita de alguna bandada de vestidos rojos; pero haré hogueras sobre cubierta. Adios, sé exacto.

Se abrazaron los dos jóvenes; el marino corrió á la plaza del Departamento donde vivia su amigo, el personaje que debia proteger á madama de Glenvenez, y el baron montó á caballo, tomó el galope, y se alejó de Nantes.

III.

Juana recibió las tristes nuevas, de que fué portador su marido, con resignacion cristiana, y comprendió en el instante mismo que el único camino que quedaba era la partida de Glenvenez; porque seguirle en el destierro era comprometer los intereses de su hijo; y detenerle hubiera sido exponer la seguridad de todos al mismo tiempo. Tomó, pues, su resolusion con la firmeza de alma que solo inspira la virtud y el amor, aunque sabido es que las mujeres despliegan muchas veces heroísmo en circunstancias en las cuales los hombres no tienen sino valor. Acordó sus lágrimas silenciosas, pero sentidas y filiales, á la memoria de un buen padre, tierno y desgraciado, y vestida de luto volvió descolorida, traspasada, pero serena y resuelta, al lado de su esposo.

El señor de Glenvenez experimentaba todo el tormento de una cruel perplejidad, porque además de la dificultad que veia en el cumplimiento del sacrificio, se resistia á abrazar un partido extremo que le parecia indigno de su carácter. ¿Someteré mi existencia al capricho de las olas como un aventurero sin sentimientos, abandonando á aquellos que juré defender, aquellos que tanto amo, en el momento que mas necesitan mi existencia y con ellos todo lo que poseo? ¿Qué dirán los emisarios de Carrier si en vez de hallarme á la entrada de mi casa, presentando mi pecho á sus espaldas, como un centinela fiel y decidido, no encuentran bajo el techo que cubrió á mis padres sino á una mujer y á un tierno niño abandonados á su furor? Sin duda que cobarde me huí.

— Lo que dirán, dijo Juana, será que tú has partido para ahorrá á los que tanto amas la humillacion de sus insultos, que has obedecido á la imponente ley de la necesidad, que has hecho lo que debias, lo que hicieron tantos otros caballeros, buenos esposos, buenos padres como tú. Pero bajo otro concepto, ¿qué nos importa lo que dirán ó pensarán los emisarios de sangre? Aquí nosotros somos jueces de nuestra causa: delante de esta cuna que mece la única y mas querida prenda de nuestro amor, te conjuro que abandones la Francia y que te alejes mucho para evitar mejor que vuelvas ántes de lo que debes. Mis presentimientos me aseguran que hallaré en mi propia debilidad y en la inocencia de este ángel la garantia que en vano buscaríamos en el valor, la fuerza y la resistencia.

Dudó aun mucho el baron, luchó contra sus escrúpulos y sus afectos; pero al fin cedió, resolviendo refugiarse en la *Pantera*.

Acababa madama de Glenvenez de obtener esta palabra,

a n llena de pesares y peligros, en el momento que empezamos esta narracion.

Estaban sentados debajo de los pinos de la esplanada traspasados de dolor : su tristeza se aumentaba á medida que el sol se hundia en el horizonte : erraban sus ojos por la extensa superficie del mar, cuyas aguas perdian las tintas de esmeralda, para tomar las obscuras que la noche imprime.

— Retirémonos, dijo Juana, desechando bruscamente de sí sus melancólicas ideas, pues se hace tarde y debemos ocuparnos de los preparativos de tu viaje.

Dejaron la terraza que ocupaba ya la niebla de la noche, y entraron en la sala del castillo, en donde resplandecia una hermosa chimenea, alimentada abundantemente con pinos cuya luz clara reflejaba en todas las molduras de los

muebles, y daba unas tintas agradables á los cuadros que adornaban las paredes. Cubria el suelo una rica y muelle alfombra turca, comprada por el baron en uno de sus viajes, cuando era capitán de fragata, é impedia todo ruido de pisadas y las corrientes de aire, al paso que grandes cortinas de damasco encarnado resguardaban las ventanas, y como todo lo demás correspondia, parecia aquel salon un verdadero nido de amores.

Sentóse la baronesa en un magnifico sillón cerca de la chimenea, y de una mesa inmediata cogió un cofrecito, de delicado gusto, lleno de cartas que fué quemando una, á una, acompañándolas con las lágrimas que manaban de sus hermosos ojos, destruyendo asi muchos antecedentes que pudieran comprometer á su familia, y al mismo tiempo el baron embutia maquinalmente una maleta con los vestidos y

efectos que tenia cerca de sí amontonados y en un completo desorden.

Un precioso reloj de rocalla, que la abuela de Juana diera á esta cuando se casó, muy de moda en aquel tiempo, tocó las nueve; y al oirlas ambos se estremecieron, se miraron, y sus ojos llenos de melancolia denunciaron estar poseidos de la misma idea; pero continuaron en sus ocupaciones. Aquel sonido que hasta entónces solo habia medido los momentos de su felicidad, era en lo sucesivo para ellos un aviso severo.

(Se continuará.)

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

Paris—Typ. Blondeau, calle de Petit Carreau, 32.



Recepcion de la mision de los padres capuchinos por el cabildo de Tulon.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION.

Este periódico sale á luz CINCUENTA Y DOS VECES AL AÑO, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Londres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magnificas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscriptores recibirán dos figurines de última moda : uno de mujer, y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRIPCION AL AÑO.

Para la Habana.....	12 pesos fuertes	Para Centro América, Panamá y todas las agencias de la costa del Pacifico.....	15 pesos fuertes
Para el interior de la Isla de Cuba.....	15 » »	Para Valparaíso, Santiago de Chile, San Francisco de California.....	16 » »
Para Puerto Rico.....	13 50 macuquinos		
Para el interior de la Isla de Puerto Rico.....	18 » »		
Para las Antillas francesas, inglesas y Costa Firme.....	12 pesos fuertes		
Para la Plata, República Argentina y el Brasil (por los vapores del 9 de cada mes).....	14 » »		
Para el Paraguay.....	16 » »		

NOTA. — No se admiten suscripciones á este periódico sino por semestres, principiando en Enero y Julio de cada año. La suscripcion se paga por semestres, y siempre adelantados, sin excepcion alguna.

Los suscriptores en cuyos puntos no residan agentes ni estacionen los vapores, pagarán además los gastos de transporte y de correo á los referidos agentes en su domicilio.

SE RECIBEN LAS SUSCRIPCIONES EN LAS AGENCIAS SIGUIENTES:

Londres.....	MM. SIMMONDS.	Cobija.....	MM. ARTOLA y C ^a .	Puerto Rico.....	MM. J. M. SANCHEZ ENRIQUEZ.
Nueva York.....	— Eug. DIDIER.	Demerara.....	— Richard HAYNES.	Quito.....	— ALFONSO PRIEUR.
La Habana.....	— ROUSSEAU LANGWELT.	Guatemala.....	— P. J. LOSS.	Rio Hacha.....	— J. Manuel GOENAGA.
Arica.....	— BILLINGURST y TAYLOR.	Guayaquil.....	— ALFONSO PRIEUR.	San Francisco (California).....	— MASSEY, FINANCE y C ^a .
Arequipa.....	— J. María REYDE CASTRO.	Laguayra.....	— A. M. MOLLEJAS, casa de los Sres. LAGRANGE y ENGELKE.	Santo Domingo.....	— D ^o MORINGLANE.
Asuncion (Paraguay).....				Santa Marta.....	— Manuel ABELLO.
Buenaventura.....	— VASQUEZ CÓ			San Juan de Nicaragua.....	— JEAN MESNIER.
Bogota.....	— SIMONNOT.	Lima.....	— JOSÉ MACIAS.	Santiago de Cuba.....	— FELIPE LAY.
Buenos Ayres.....	— CLARMONT.	Maracaibo.....	— P. CASAUX.	Santiago de Chile.....	— PASCUAL EZQUERRA y GIL.
Id.....	— LUCIEN y C ^a .	Matanzas.....	— F. DEVILLE.	San Tomas.....	— BENEDETTI.
Caracas.....	— J. C. CORBIN.	Maturin. (Cumana.).....	— P. BAUPERTHUY.	Tacna.....	— CARLOS BASADRE.
Id.....	— Emile PHILIP.	Monpos.....	— J. M. PEREIRA.	Tampico.....	— A. DELILLE.
Cartajena.....	— H. P. DE LA VEGA.	Méjico.....	— BOIX, BESSERER y C ^a .	Trujillo del Perú.....	— ANDRES ARCHIMBAUD.
Cali.....	— J. María CAÑADAS.	Montevideo.....	— A. LAS CAZES.	Valencia.....	— Achille LETTERON.
Ciudad Bolivar.....	— THIRION.	Panamá.....	— SMITH y C ^a .	Valparaiso.....	— PASCUAL EZQUERRA y GIL.
Cumana.....	— A. PESQUERA.	Popayan.....	— RAFAEL IRURITA.	Vera Cruz.....	— JUAN CARREDANO.
		Porto Cabello.....	— RAFAEL ROJAS.		